

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

SAN BENITO DE NURSIA, PATRONO DE EUROPA

LIMA – PERÚ

SAN BENITO DE NURSIA, PATRONO DE EUROPA

Nihil Obstat
Padre Ricardo Rebolleda
Vicario Provincial del Perú
Agustino Recoleta

Imprimatur
Mons. José Carmelo Martínez
Obispo de Cajamarca (Perú)

LIMA – PERÚ

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

El monacato primitivo.
Ambiente social en tiempo de san Benito.
Su vida según san Gregorio Magno.
La Regla. Oficio divino. El abad.
Otros cargos monásticos. Actividades.
Los votos. Apostolado.
El abad en la historia. Montecasino.
La restauración. Cluny.
La gran obra civilizadora.
Los cistercienses.
Congregaciones benedictinas.
La Orden en la actualidad.
San Benito, patrono de Europa.
La cruz de san Benito.

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

La vida de san Benito se desarrolla a caballo entre los siglos V y VI. Eran tiempos de desorden y desorganización social con muchas guerras en Italia y en otros países de Europa, invadidos por las hordas de los bárbaros. Así denominaban al principio los romanos a los extranjeros, pero después ha quedado el vocablo como sinónimo de crueldad.

San Benito fue un santo providencial para la Iglesia y para Europa. A través de su Regla, impuso un modo de vivir centrado en dos polos: *Ora et labora* (oración y trabajo). Los benedictinos irradiaron la cultura antigua a lo largo y ancho de Europa, copiaron los manuscritos antiguos para preservar la cultura greco-romana, impulsaron la agricultura, las artes, las ciencias y el progreso.

Sin ellos, Europa hubiera sido diferente. Los momentos más gloriosos fueron los de la Edad Media, y, concretamente, los siglos X y XI. Los cistercienses, benedictinos de vida más estricta, tuvieron su siglo de oro en el siglo XII con san Bernardo de Claraval. Pero todos hicieron de sus monasterios focos de paz, de cultura, de oración, de civilización y evangelización.

La Orden benedictina ha tenido más de 1.500 santos y muchísimos sabios. Sin duda ha sido la Orden más gloriosa de la Iglesia católica. Y, por ello, con justa razón, los Papas han declarado a san Benito, patrono de Europa, padre de Europa y patriarca de los monjes de Occidente.

Deseo que esta breve biografía nos estimule a amar más nuestra fe católica y a vivirla en plenitud, procurando, como los benedictinos, irradiarla y compartirla con los que nos rodean.

EL MONACATO PRIMITIVO

Antes de san Benito también existían monjes. Monje viene de la palabra griega monakos, que procede de monos y que significa solo o solitario. Con el tiempo no se aplicó a los ermitaños que vivían solos, sino a los cenobitas que vivían en monasterios organizados. *Monasterion* en su origen significaba la celda de un solitario, mientras que *koinobion* o coenobium era el lugar donde vivían varios en común. Poco a poco, se empezó a utilizar monasterio por cenobio como lo entendemos en la actualidad.

A san Antonio Abad (251-356) se le considera el padre de los monjes cristianos. Había pasado 20 años como ermitaño en una fortaleza destruida junto al Nilo, en Egipto. Después de estos años, dejó su soledad y se fue a un lugar donde residían numerosos ermitaños independientes, quienes le rogaron que fuera su maestro. Esa fecha suele considerarse el año 305. El monacato que implantó era de tipo eremítico. Vivían separados unos de otros y únicamente se reunían los sábados y domingos para el culto divino, lo cual ya era un gran avance para su vida personal. Además podían ayudarse mutuamente. San Antonio fue un padre para todos, aconsejándolos y orientándolos en el camino de la santidad, para que no fueran ociosos y llevaran una vida de penitencia y austeridad sin exageraciones; además de prestarles toda clase de ayuda en sus enfermedades físicas, mentales o espirituales.

En Nitria, al norte de Egipto, había en ese tiempo unos 5.000 monjes. Unos eran ermitaños en el sentido estricto. Otros vivían de dos en dos o de tres en tres, pero todos empezaron a reunirse bajo los consejos de san Antonio los sábados y domingos para el culto divino. No tenían unas normas de vida uniforme. Ocasionalmente, tenían conferencias espirituales o charlas en torno a las Escrituras. En realidad era una vida semieremítica. Algunos cometían exageraciones y hasta extravagancias, pero los ancianos solían corregirlos, aunque no tenían autoridad formal sobre ellos.

Algunos hacían penitencias prolongadas, resistiendo al frío y al calor, con grandes ayunos. Y esto fue precisamente lo que trató de evitar a toda costa san Benito en su Regla.

Por otra parte estaba san Pacomio, que es considerado el fundador del cenobitismo cristiano. Los monasterios pacomianos estaban compuestos de un número más o menos importante de casas, donde estaba dividida la comunidad por grupos. Cada casa tenía entre 20 y 40 monjes. Se repartían según la función que desempeñaban: zapateros, hortelanos, pastores, boyeros, bateleros y pescadores, pues estaban cerca del Nilo en Egipto. Para ellos redactó unas normas o Regla el año 315 y fundó el primer monasterio cristiano en el Alto

Egipto. En su convento vivía una comunidad de varios centenares de monjes. Vivían en edificios separados cada uno con su propio Superior y su capilla, refectorios, etc.

Pero todos se reunían en la gran iglesia del monasterio para los solemnes oficios. En su Regla determina que tengan un moderado número de prácticas obligatorias para todos, dando libertad a cada uno para superar los mínimos fijados en cuestión de penitencias y ayunos. Estos monjes pacomianos se distinguían de los antonianos en que daban mucha importancia al trabajo manual. Trabajaban en los campos, tenían huertos y estaban ocupados en toda clase de oficios como herreros, panaderos, carpinteros, zapateros, sastres, etc. Tenían un régimen de vida organizado. Mientras los antonianos, si trabajaban, lo hacía cada uno por su cuenta, tejiendo cestos o cosas simples como el tejido de hilo en el interior de sus celdas.

Paladio, historiador cristiano, describió una comunidad de monjes pacomianos como una colonia laboriosa de granjeros que se autobastecía y en la que alternaban las prácticas religiosas diarias con el trabajo como elemento importante de su vida.

De Egipto pronto pasó el sistema monástico a Palestina y Siria en la vertiente antoniana de semiermitaños. Y aquí llega ya san Basilio, quien, después de visitar las comunidades de Egipto, Palestina y Siria, fundó su monasterio hacia el año 360 cerca de Neocesarea en el Ponto.

San Basilio (330-379) tuvo una vida corta, pero muy fecunda. La tradición le llama san Basilio el Grande, gran teólogo, defensor de la Iglesia con su doctrina. Tiene el título de doctor de la Iglesia. Muchos de su familia fueron santos como su abuela paterna Macrina. Su abuelo paterno murió mártir. Sus hermanos, Gregorio y Pedro, fueron obispos de Nisa y Sebaste, también santos. Su hermana fue consagrada a Dios desde los doce años y también es santa.

San Basilio visitó a los monjes de Siria y Egipto para conocer su vida y redactó la famosa *Regla de San Basilio*. Organizó la vida monástica siguiendo a san Pacomio, pero con algunas variantes. San Basilio mandó que todos estuvieran bajo el mismo techo, mesa común, trabajo y oración diaria en común. Precisamente por ello san Benito debe más a san Basilio que a ningún otro fundador. San Basilio también le dio al convento un tinte de apostolado, al ordenar que pudieran hacer obras de caridad con la gente de los alrededores o a los que iban a visitarlos. Incorporó a los monasterios hospitales u hospicios para pobres y enfermos. Todo bajo la dirección de los monjes que vivían aparte, pero muy cerca.

Para san Basilio el trabajo tenía más valor que las austeridades y, por ello, desaprobó las exageradas austeridades de algunos monjes. La vida monástica de Europa oriental surgió según el modelo de san Basilio. En cambio la de la Europa occidental lo fue según el modelo antoniano. Dos monjes egipcios, ambos de Nitria, quienes llegaron a Roma en el año 339, fundaron allí monasterios de hombres y de mujeres; al igual que en otras ciudades de Italia.

San Eusebio de Vercelli (+ 337) combinó el estado clerical con el monacal, haciendo una comunidad con el clero de su catedral. Algo parecido hizo san Agustín (356-430) en Hipona, donde reunió a los clérigos para llevar una vida de comunidad organizada aunque san Agustín fundó también monasterios exclusivamente de monjes, en los que da mucha importancia a la vida de comunidad. Por ello, al comienzo de la Regla dice: *Os habéis congregado en comunidad para que habitéis unánimes en la casa y tengáis una sola alma y un solo corazón dirigidos hacia Dios* (anima una et cor unum in Deum).

Fue uno de los grandes fundadores y escribió algunos tratados como el de la santa virginidad o el trabajo de los monjes. San Benito lo copia en algunos puntos de la Regla. San Martín de Tours por su parte promovió el monacato en las Galias; concretamente, en Poitiers el año 360.

Sulpicio Severo escribió la *Vita Martini*, la vida de san Martín de Tours (316-397), quien, después de servir durante 25 años al ejército romano, se convirtió y fue elegido obispo de Tours en el año 371.

San Honorato (+ 430) fue el fundador del famoso monasterio de Lerins en una pequeña isla francesa de 1.500 por 700 metros cuadrados. Su vida fue escrita por Hilario de Arlés (*Vita sancti Honorati*)¹.

El monasterio de Lerins produjo muchos santos, obispos y grandes escritores. Fue un gran centro de estudios teológicos y profanos, un centro intelectual de primer orden en su tiempo.

Casiano (360-435) fue un monje de origen escita, nacido el año 360 en una familia cristiana. Estuvo en Palestina y se hizo monje en un monasterio de Belén. Viajó a Egipto y allí se quedó durante algunos años. Después viajó a Roma, llevando una carta al Papa Inocencio I en defensa de san Juan Crisóstomo. El año 417, siendo ya sacerdote, fundó en Marsella un monasterio. La diócesis de Marsella y el Oriente cristiano lo consideran santo. Ha pasado a la historia como

¹ Hay otra versión crítica muy importante en francés: *Vie de saint Honorat, Sources chrétiennes* 235, París, 1977, escrita por Hilario de Arlés.

autor de la única obra sistemática y completa sobre la vida monástica de los siglos IV y V. En su convento de san Víctor de Marsella escribió sus famosas obras *Instituciones y Colaciones*.

Casiodoro fue contemporáneo de san Benito. Tras prestar sus servicios como ministro al gran Teodorico, rey de los ostrogodos, se retiró hacia el año 540 a sus tierras de Esquilache en Calabria, donde construyó un monasterio, llamado *Vivarium*, donde vivió hasta su muerte. Su principal objetivo, al fundar este monasterio, fue formar un grupo de monjes destinado al estudio. El monasterio debía ser una escuela del saber en aquella época de barbarie e ignorancia. Formó una biblioteca excepcionalmente grande y variada.

AMBIENTE SOCIAL EN TIEMPO DE SAN BENITO

El entramado social, civil y religioso del siglo V nos lleva a pensar en un ambiente de decadencia, desorganización y confusión a todo nivel. Italia estaba reducida a la indigencia, despoblada y desorganizada. Las incesantes guerras internas y externas habían diezmando a la población. El empleo masivo de soldados bárbaros, es decir, de extranjeros, trajo consigo un elemento importante de indisciplina y crueldad. El hambre y las epidemias diezmaron el país. A fines del siglo V, cuando san Benito se retira del mundo, había grandes extensiones de tierras convertidas en auténticos desiertos.

La agricultura estaba muy descuidada por los continuos saqueos de los invasores. La educación estaba en los peores momentos, la moral estaba por los suelos. La sociedad entera estaba corrompida por la inmoralidad, la crueldad y la injusticia. Para colmo de males, una larga serie de invasiones azotaron a Italia desde el año 400.

Ese año vinieron los visigodos con Alarico y arrasaron el Norte de Italia. Cinco años más tarde llegaron Radagasio y sus godos, que fueron vencidos en las proximidades de Florencia. El año 408 volvió Alarico, llegando hasta Roma, a la que asedió en tres años consecutivos, sometiéndola la tercera vez al saqueo y pillaje sin misericordia. Era el año 410. El mundo se estremeció ante la caída de Roma, considerada inmortal, la Ciudad eterna. A mediados del siglo, llegó Atila con los hunos. Lo llamaron el *azote de Dios*. Atila, en el año 454, arrasó el valle del Po. El vándalo Genserico saqueó de nuevo Roma el año 455. Después vinieron otras incursiones menores arrasando el antiguo Imperio Romano como los alanos, hérulos, vándalos y otros pueblos procedentes del norte de Europa.

El año 472 Ricimer con sus mercenarios teutones sitió y saqueó Roma. Cuatro años más tarde estos mismos mercenarios, a las órdenes de su rey

Odoacro, se establecieron definitivamente en una gran extensión de territorio, donde Odoacro gobernó como rey durante 18 años. El año 489 Teodorico y los ostrogodos se lanzaron sobre Odoacro saqueando por doquier. Vencieron a Odoacro el año 493. Teodorico quiso darse el gusto de degollar con sus propias manos a Odoacro y se erigió en rey de Italia y como tal fue reconocido por el mismo emperador de Bizancio.

Bajo el gobierno de Teodorico hubo un período de 33 años de tranquilidad relativa, ya que reinó hasta el año 526. Teodorico era arriano, cristiano hereje que no creía en la divinidad de Jesucristo, pero para evitar más conflictos, mostró tolerancia con los católicos.

A su muerte, el emperador Justiniano de Bizancio (Constantinopla) quiso unir ambos imperios y mandó a conquistar Italia al general Belisario, que entró en Italia el año 536. Así comenzó otra larga serie de luchas y sufrimientos por toda Italia con todas las consecuencias de crueldades y saqueos propios de las guerras. Belisario tomó Roma y sitió las principales ciudades italianas. Para colmo de males, 100.000 francos penetraron en Italia, combatiendo indistintamente a godos y romanos, saqueando sin compasión hasta que, a causa de una epidemia, que atacó a la tercera parte de sus tropas, tuvieron que retroceder.

Los años que van desde el 537 al 542 fueron los más calamitosos. Italia estaba desorganizada y desprovista de todo. El hambre y las epidemias sumergían a los pobladores en la mayor miseria. La gente huía de sus ciudades, los cultivos eran abandonados, la educación estaba olvidada. Y entonces aparece el rey Totila, rey de los godos, que en 541 entra en Italia a sangre y fuego. Sitió y conquistó Roma el año 546 y quiso reducirla a cenizas, derribando las murallas y muchos edificios. Según algunos historiadores, durante cuarenta días no permitió que nadie quedara en la ciudad. Continuó la guerra entre sus tropas y los generales bizantinos. Roma fue ocupada de nuevo por el general bizantino Belisario y de nuevo Totila la reconquistó el año 549. Totila murió el año 552.

Y siguió la guerra. El año 554 los alanos irrumpieron en Italia, pero fueron derrotados por el general bizantino Narsés. El año 568 llegaron los lombardos quienes durante más de medio siglo acosaron, asolaron y devastaron Italia de un mar a otro. Leamos una página de las homilías de san Gregorio Magno de fines del siglo VI: *Los prisioneros son atados por el cuello como perros y llevados a la esclavitud, los campesinos mutilados, las ciudades despobladas y hambrientas. ¿Qué hay de susceptible de agradarnos en este mundo? En todas partes vemos sólo pena y lamentos, las ciudades y las villas están destruidas, los campos devastados y la tierra vuelve a la soledad. No quedan campesinos para cultivar los campos, pocos habitantes permanecen en las ciudades y, aun esos escasos*

*restos de humanidad, siguen expuestos a sufrimientos incesantes... Algunos son llevados al cautiverio, otros mutilados y otros, más numerosos, degollados ante nuestros ojos*².

Esto ya sucedía cuando san Benito estaba muerto. Su fallecimiento suele fijarse hacia el año 547. Pero no olvidemos que lo que sucedió en Italia desde el año 400 al 600 también pasó más o menos en otros países de Europa como Francia, España y Gran Bretaña. Las invasiones de los pueblos bárbaros del norte habían destruido prácticamente la civilización e instituciones romanas, dejando por todas partes miseria, corrupción, inmoralidad y violencia. Muchos historiadores han reconocido que la causa de la caída del imperio romano fueron sus vicios. El no querer tener hijos y matar a las mujeres recién nacidas, a quienes no valoraban mucho, hizo que los famosos ejércitos romanos, gloriosos por sus hazañas, su disciplina y organización, fueran ocupados por mercenarios de pueblos del norte que, poco a poco, se fueron adueñando de la situación en repetidas invasiones masivas. Muchos de estos pueblos que repoblaron Italia eran paganos; otros, como los visigodos, habían abrazado el cristianismo y eran arrianos, que no creían en Cristo Dios. Solamente los francos, convertidos el año 500, eran católicos. Esto quiere decir que, durante la vida de san Benito, los pueblos que ocuparon Italia, Francia meridional y España, eran arrianos en su mayoría. El catolicismo parecía destinado a desaparecer entre tantos paganos y herejes que, a excepción de Teodorico, desataron persecuciones cruentas.

El año 485, al poco tiempo de nacer san Benito. Europa era o pagana o arriana, excepto las regiones del norte de Francia, donde dominaban los francos católicos; el país de Gales en Inglaterra e Irlanda. Quedaba una tarea inmensa para recristianizar y civilizar Europa devastada por los ejércitos. Había que fomentar la educación y las artes, restablecer el orden y la ley, revitalizar la agricultura, pacificar la sociedad y extender la fe católica y las buenas costumbres. Una gran tarea que la providencia de Dios encomendó de modo especial a san Benito y a sus monjes. Era una tarea colosal, que se pudo cumplir, poco a poco, a lo largo de varios siglos.

SU VIDA SEGÚN SAN GREGORIO MAGNO³

Hubo un varón de vida venerable, bendito por gracia y por nombre Benito, dotado desde su más tierna infancia de una cordura de anciano. Anticipándose, en efecto, por sus costumbres a la edad; jamás entregó su

² Homilía in Ezech., II, Epístola VI, 22.

³ La vida de san Benito (480-547) que presentamos en cursiva está tomada literalmente del libro II de los Diálogos del Papa san Gregorio Magno, que la escribió hacia el año 593-594, cuando todavía no había pasado ni siquiera cincuenta años de la muerte del santo.

espíritu a ningún placer, sino que estando aún en esta tierra y pudiendo gozar libremente de los bienes temporales, despreció ya el mundo con sus flores, cual si estuviese marchito.

San Benito nació hacia el año 480. La única fecha segura de su vida es el año 542, cuando recibió la visita del rey godo Totila en Montecasino. Los datos de su vida nos los ofrece el Papa san Gregorio Magno en su libro segundo de los Diálogos. Allí aclara que la información de la vida de san Benito la ha recibido de cuatro de los discípulos de san Benito a los que conoció personalmente. Por tanto, podemos tener confianza en los datos que nos ofrece, ya que provienen de fuente segura.

San Benito nació en Nursia, en las laderas de los Apeninos Sabinos. Su nombre actual es Norcia, en la provincia de Umbría, no lejos de Espoleto. Era de familia noble y sus padres lo enviaron a estudiar a Roma acompañado de su nodriza. En ese momento, Italia y Roma concretamente, gozaban de un período de paz. Teodorico, rey de los ostrogodos, dominaba Italia y quería fundar un Estado nuevo que integrara a bárbaros y romanos. Ayudado por Boecio y Casiodoro, grandes sabios, dotó de leyes e instituciones netamente romanas al país, protegió la cultura, a los poetas y a los artistas; restauró monumentos antiguos y levantó otros nuevos.

Benito se mezcló con aquella inmensa multitud de estudiantes romanos venidos de todos los rincones, desde África a las Galias, para escuchar las lecciones de los grandes maestros. Pero, dándose cuenta de la inmoralidad reinante y no queriendo contagiarse con ellos, decidió retirarse a tiempo a un lugar solitario y hacerse ermitaño. Estuvo un tiempo vagando por las colinas del Lacio cerca de Roma hasta que llegó a las ruinas del palacio de Nerón y al lago artificial de Subiaco en el Anio, a pocas decenas de millas de Tívoli y a treinta millas de Roma. Allí vivió en una gruta acomodada a sus propósitos.

Normalmente suele ponerse la fecha del año 520, cuando se retira del mundo y se encierra en la gruta del Subiaco.

San Gregorio escribe así: *Viendo que muchos se dejaban arrastrar en el estudio por la pendiente de los vicios, retiró el pie, que casi había puesto en el umbral del mundo, por temor a que si llegaba a conseguir un poco de su ciencia, fuese después a caer también él totalmente en el fatal precipicio. Despreciando, pues, los estudios literarios, abandonó la casa y los bienes de su padre, y deseando agradar a solo Dios, buscó el hábito de la vida monástica. Retiróse, pues, ignorante a sabiendas y sabiamente indocto.*

No he podido averiguar todos los hechos de su vida, pero los pocos que narro los he sabido por referencias de cuatro de sus discípulos, a saber: Constantino, varón venerabilísimo, que le sucedió en el gobierno del monasterio; Valentiniano, que estuvo durante muchos años al frente del monasterio de Letrán; Simplicio, el tercero que después de él rigió su comunidad, y Honorato, que todavía gobierna el cenobio donde había él vivido primeramente.

Cuando, pues, dejados los estudios literarios, concibió el propósito de retirarse al desierto, siguióle tan solo su nodriza, que le amaba entrañablemente. Y habiendo llegado a un lugar que llaman Effide, luego que les retuvo en aquel paraje la caridad de muchas personas honradas, se establecieron junto a la iglesia de San Pedro. La mencionada nodriza de Benito solicitó a las vecinas le diesen de prestado una criba para limpiar el trigo; y habiéndola dejado incautamente sobre la mesa, rompióse por casualidad, de modo que quedó partida en dos pedazos. Cuando al llegar la encontró así la nodriza, empezó a llorar desconsoladamente al ver roto el utensilio que había recibido prestado. Pero Benito, joven religioso y compasivo, viendo llorar a su nodriza, compadecido de su dolor, llevando consigo los dos pedazos de la criba rota, dióse a la oración con lágrimas; y al levantarse encontró junto a él el recipiente tan entero, que no hubiera podido notarse en él señal alguna de rotura.

En seguida, consolando dulcemente a su nodriza, le devolvió entera la criba que se había llevado rota. El caso llegó a noticia de todos en aquel lugar y causó tal admiración, que los habitantes del pueblo colgaron esa misma criba en el vestíbulo de la iglesia, con objeto de que todos, los presentes y los que vinieran en el futuro, supieran con qué perfección había dado comienzo el joven Benito a la gracia de su nueva vida. Allí estuvo expuesta a los ojos de todos durante muchos años y hasta estos tiempos de los longobardos ha permanecido suspendida en las puertas de la iglesia⁴.

⁴ Dios puede rehacer algo roto por intercesión de un santo como lo ha hecho muchas veces. Leamos la vida, por ejemplo, de san Alonso de Orozco (1500-1591) un gran santo agustino. El padre Juan Herrera, que fue su Superior, declaró en el Proceso de canonización que, estando celebrando misa, se le cayó al acólito las vinajeras. El padre Alonso pidió los cascotes, les echó la bendición y quedaron sanas las vinajeras. La gente que estaba oyendo misa decía: “¡Milagro!”. (Información Sumaria de Madrid del Proceso de beatificación del beato entre 1618 y 1621, Ed. Escorialenses, 1992).

Otro testigo, fray Francisco de Robles, refiere que el siervo de Dios había dejado una jarra de agua encima de la mesa. Cuando volvió a la celda, la halló quebrada y en el suelo. Levantó del suelo todos los cascotes quebrados, los puso sobre la mesa y se volvió a salir de la celda. Cuando volvió a la dicha celda, halló la jarra muy sana y sin lesión alguna. Lo cual el siervo de Dios se lo contó por la íntima amistad que con él tenía, por ayudarle en muchas cosas y tratar cosas de espíritu con él (Francisco Robles, Información plenaria del Proceso de beatificación del beato Alonso de Orozco, Ed. Escorialenses, 1991, p. 149).

Pero Benito, prefiriendo más bien sufrir las injurias del mundo que sus alabanzas, y verse por Dios agobiado de trabajos, más que ensalzado por los favores de esta vida, huyó a escondidas de su nodriza y marchóse a la soledad de un lugar desierto llamado Subiaco, distante sobre unas cuarenta millas de la ciudad de Roma, donde manan aguas frescas y transparentes. Esta abundancia de aguas se recoge desde allí primeramente en un gran lago y al fin se deslizan formando un río. Mientras caminaba fugitivo en aquella dirección, le encontró en el camino cierto monje llamado Román y le preguntó adónde iba. Y cuando conoció su designio, guardó su secreto, y prestándole ayuda, dióle el hábito de la vida monástica, sirviéndole en cuanto pudo.

Al llegar el varón de Dios a aquel lugar, se retiró a una cueva estrechísima, y permaneció durante tres años ignorado de los hombres, salvo del monje Román. Vivía éste en un monasterio no lejos de la cueva, bajo la regla del abad Adeodato; pero hurtaba piadosamente unas horas a la vigilancia de su abad y en días convenidos llevaba a Benito el pan que podía sustraer, a hurtadillas, de su comida. No había camino hasta la cueva desde el monasterio de Román, porque se levantaba en lo alto una gran roca; pero Román desde la misma peña solía dejar caer el pan atado a una cuerda muy larga, y ató también a la cuerda una campanilla para que el varón de Dios conociese al sonido de ella cuándo Román le enviaba el pan, y saliese a cogerlo.

Pero el antiguo enemigo, envidioso de la caridad del uno y de la refección del otro, viendo un día bajar el pan, lanzó una piedra y rompió la esquila. Sin embargo, no desistió Román de ayudarle con medios oportunos. Pero queriendo ya el Dios Omnipotente que Román descansara de su tarea, y al mismo tiempo se diera a conocer la vida de Benito como ejemplo para los hombres, a fin de que colocada la luz sobre el candelabro, resplandeciese para iluminar a todos los que están en la casa de Dios, dignóse el Señor aparecerse en una visión a cierto sacerdote que vivía lejos de allí, que había aparejado su comida en la festividad de la Pascua, diciéndole: “Tú te preparas delicias, y mi siervo sufre hambre en tal sitio”. Al punto se levantó, y en la misma solemnidad pascual, con los manjares que se había aderezado, fué al lugar de referencia en busca del varón de Dios, a través de las asperezas de los montes, las profundidades de los valles y las hondonadas de aquellas tierras; y encontróle escondido en la cueva. Y cuando después de hacer oración y bendecir a Dios Omnipotente, los dos se sentaron tras dulces coloquios sobre la vida espiritual, el sacerdote que había venido le dijo: “Levántate y tomemos alimento; porque hoy es Pascua”. A lo que respondió el varón de Dios, diciendo: “Sé que es Pascua, porque he sido digno de verte”. En efecto, alejado como estaba de los hombres, ignoraba que fuese aquel día la solemnidad de la Pascua. Y le dijo de nuevo el venerable presbítero: “De veras, hoy es el día pascual de la resurrección del Señor; no es procedente que ayunes, pues para eso he sido yo enviado, para que juntos tomemos los

dones del Señor”. Bendiciendo, pues, a Dios, tomaron alimento. Y así, concluida la refección y el coloquio, volvió el presbítero a su iglesia.

También por aquel entonces le encontraron unos pastores escondido en la cueva, y viéndole por entre los arbustos, vestido con pieles, creyeron que era una fiera. Pero reconociendo después en él al siervo de Dios, muchos de ellos trocaron sus instintos de fiera por la gracia de la devoción. Así, su nombre dióse a conocer a todos por los lugares circunvecinos, con lo que ya desde entonces se vio frecuentado por muchos, que al llevarle el sustento del cuerpo, recibían, en trueque, de su boca manjares de vida para su corazón.

Uno de los días de su vida de ermitaño tuvo una gran tentación. ¿En qué consistió exactamente? Se habla de un mirlo, que en latín es merula, que también es nombre de mujer. Quizás se acordó de una joven llamada Merula, a quien había conocido anteriormente y el maligno espíritu lo tentó avivando el fuego de la pasión.

Quizás pudo ser lo que le pasó a san Antonio Abad, del que escribe su contemporáneo san Atanasio en *su Vita Antonii*, que se le apareció el demonio bajo la forma de una hermosa mujer. Sea lo que fuere, cuando estaba a punto de dejarlo todo y tomar el camino del mundo, tomó al toro por las astas y, en un momento dado, se desnudó, se revolcó en una espesa maleza de zarzas y ortigas y, desde aquel momento, triunfó en él la gracia de Dios y nunca más volvió a sentir algo parecido. Él lo expresa así:

Un día, estando a solas, se presentó el tentador. Una negra avecilla llamada vulgarmente mirlo, comenzó a revolotear en torno de su rostro y acercarse importuna a su cara, de suerte que hubiera podido asirla con la mano, si hubiera querido el santo varón apresarla; mas, trazando la señal de la cruz, alejóse el ave. No bien se marchó, siguióle una tentación de la carne tan violenta, cual nunca la había experimentado el varón santo. Efectivamente, había visto antaño a una mujer que representó ahora vivamente el maligno espíritu a los ojos de su alma; y de tal modo inflamó su hermosura el ánimo del siervo de Dios, que a duras penas cabía en su pecho la llama del amor, y vencido por la pasión, pensó casi ya en abandonar el desierto. Pero iluminado súbitamente por la gracia de lo alto volvió en sí, y divisando un espeso matorral de zarzas y ortigas que allí cerca crecía, se despojó de sus vestidos, y se arrojó desnudo sobre aquellos agujones de espinos y ardores de ortigas; y habiéndose revolcado allí mucho tiempo, salió de ellas con todo el cuerpo llagado. Así, por las heridas del cuerpo curó la herida del alma, pues trocó el deleite por el dolor. Y al abrasarse en el sufrimiento exterior, extinguió el fuego ilícito que ardía en su alma. De esta suerte venció al pecado, porque mudó el incendio. Desde entonces, según solía después contar él mismo a sus discípulos, de tal modo

quedó en él amortiguada la tentación de la voluptuosidad, que jamás sintió en sí mismo nada semejante.

En lo sucesivo empezaron muchos a dejar ya el mundo y buscar su magisterio. A la verdad, libre del mal de la tentación, fue tenido ya con razón como maestro de virtudes.

No lejos de allí había un monasterio, cuyo abad había fallecido, y toda su comunidad dirigióse al venerable Benito, solicitando con vivas instancias que les presidiera. Él, negándose, lo difirió por mucho tiempo, diciéndoles de antemano que no podrían ajustarse sus costumbres con las de los hermanos; pero vencido al fin por sus reiteradas súplicas, dio su asentimiento.

Impuso en aquel monasterio la observancia de la vida regular, no permitiendo a nadie desviarse como antes, por actos ilícitos, ni a derecha ni a izquierda, del camino de perfección. Los hermanos, de quienes se había hecho cargo, locamente airados, empezaron a acusarse a sí mismos por haberle pedido que les gobernara, pues su vida torcida estaba en pugna con aquella norma de rectitud. Y dándose cuenta de que bajo su gobierno no se les permitirían cosas ilícitas, doliéndose de tener que renunciar a sus costumbres y les fuese duro, por otra parte, el tener que obligarse a abrazar cosas nuevas con su espíritu envejecido, y como quiera que la vida de los buenos se hace intolerable a los de costumbres depravadas, tramaron su muerte. Y después de decidirlo en consejo, mezclaron veneno en el vino.

Cuando fue presentada al abad, al sentarse a la mesa, la vasija de cristal que contenía la bebida envenenada para que la bendijera, según costumbre en el monasterio, Benito, extendiendo la mano, hizo la señal de la cruz y con ella se quebró el vaso que estaba a cierta distancia; y de tal modo se rompió, que parecía que a aquel vaso de muerte, en lugar de la cruz, le hubiesen dado con una piedra. Comprendió en seguida el varón de Dios que debía de contener una bebida de muerte lo que no había podido soportar la señal de la vida. Y al punto se levantó de la mesa, y con rostro afable y ánimo tranquilo, convocados los hermanos, les habló diciendo: “Que Dios Omnipotente tenga compasión de vosotros, hermanos; ¿por qué quisisteis hacer esto conmigo? ¿Acaso no os dije con anterioridad que eran incompatibles mis costumbres con las vuestras? Id y buscad un padre de acuerdo con vuestros caprichos, porque en lo sucesivo de ningún modo podréis ya contar conmigo”.

*Entonces volvió al lugar de su amada soledad, y solo, bajo las miradas del celestial espectador, habitó consigo*⁵.

Como el santo iba creciendo en virtudes y milagros en aquella soledad, fueron muchos los que se congregaron en aquel lugar al servicio de Dios Omnipotente; de suerte que construyó allí doce monasterios con el auxilio de Nuestro Señor Jesucristo Todopoderoso, a cada uno de los cuales, después de constituir los abades respectivos, asignó doce monjes; pero retuvo consigo unos pocos, a los cuales creyó deber formar todavía mejor en su presencia.

También entonces empezaron a frecuentarle algunos nobles y religiosos de la ciudad de Roma y le ofrecieron a sus hijos para educarlos en el temor del Dios Omnipotente. Fue también por aquel entonces cuando Evicio y Tértulo, varón éste de linaje patricio, le encomendaron a sus hijos, Mauro y Plácido, dos niños de buenas esperanzas; entre los cuales el joven Mauro, dotado de buenas costumbres, empezó a ser ayudante del maestro; en cuanto a Plácido, se hallaba todavía en sus primeros años de infancia.

Los discípulos de Benito crecieron y eran ya 160 monjes o aspirantes de los doce monasterios. Los monjes oraban, trabajaban, desbrozaban aquellos campos abandonados, hacían huertos junto al lago y construían sus monasterios.

Entre los monasterios que en aquel mismo paraje había construido, tres de ellos se hallaban emplazados en lo alto de las rocas de un monte, con lo que resultaba sumamente penoso para los hermanos el descender siempre al lago para poder sacar el agua; mayormente siendo grave el riesgo que corrían al bajar ya con miedo por la pendiente repentina de la montaña.

Reuniéronse entonces los hermanos de los tres monasterios y acudieron al siervo de Dios, Benito, diciendo: “Nos es muy penoso descender diariamente al lago por agua; por lo mismo, es preciso trasladar a otro lugar los monasterios”. Benito los consoló dulcemente y los despidió.

⁵ En la vida de la beata sor Ana de los Ángeles Monteagudo (1602-1686) se refiere que, al ser elegida Priora de la Comunidad de Arequipa (Perú), algunas religiosas, al ver que era muy estricta en la observancia, decidieron envenenarla y le presentaron un plato con gallina; pero los brazos se le adormecieron y no podía llevarse la comida a la boca. Al poco rato se descubrió que el plato de comida estaba envenenado. En otra ocasión, le dieron leche envenenada. El gato de la comunidad tiró la taza al suelo y allí se la tomó el gato, que al poco rato, murió. Así lo declaró sor María de los Remedios y otras religiosas en el Proceso Ordinario de beatificación (Positio super virtutibus, Roma, 1959, pp. 71-72 y 166-167). También a san Antonio de Padua (1195-1231) quisieron envenenarlo unos herejes con una bebida, pero el Señor le reveló que estaba envenenada. El Señor puede librarnos de cualquier veneno, aun comiéndolo, como lo hizo san Antonio de Padua, porque creyó en la palabra de Jesús: *Si beben algún veneno mortal, no les hará daño* (Mc 16, 18). (Gamboso Vergilio, *libro dei miracoli*, Ed. Messaggero, 2008, pp. 14-15). Incluso puede librarnos del veneno de las serpientes como del veneno de la víbora que picó a san Pablo (Hech 28, 3-5).

Aquella misma noche subió a la cumbre que formaban los peñascos del monte, con el niño llamado Plácido, de quien anteriormente hice mención, y oró allí largo tiempo. Concluida la oración, puso como señal en aquel mismo lugar tres piedras y, sin que lo supiera nadie de allí, tornóse al monasterio. Cuando al día siguiente volvieron a él los hermanos mencionados a manifestarle una vez más la falta de agua, les dijo: “Id y horadad un poco aquella roca en donde encontréis tres piedras puestas una sobre otra. Porque puede el Dios Todopoderoso hacer manar agua aun en la cima de este monte, para evitaros el trabajo de un tan largo camino”. Fueron, pues, y encontraron la roca que les había dicho Benito, ya rezumando. Y cavando en ella un hoyo, al punto llenóse de agua y manó tan copiosamente que aún corre en la actualidad en abundancia y se desliza desde la cumbre hasta el pie de la montaña ⁶.

También en otra ocasión, un godo pobre de espíritu, se presentó para la vida monástica, al cual recibió gustosísimo el varón de Dios, Benito. Un día mandó que le diesen una herramienta que por su parecido con la falce llaman falcastro, para que cortara las zarzas de un sitio donde debía plantarse un huerto. El lugar aquel que se disponía a limpiar el godo, daba sobre la misma orilla del lago. Y como el godo cortaba aquel matorral de zarzas con todas sus energías, se desprendió el hierro del mango y cayó al lago; era allí tanta la profundidad de las aguas, que no quedó ya ninguna esperanza de recobrar la herramienta.

Así, pues, perdido el hierro, corrió el godo tembloroso al monje Mauro, le contó el daño que había cometido e hizo penitencia por su falta. Mauro, a su vez, púsole en seguida en conocimiento del siervo de Dios, Benito. Al oírlo, el varón del Señor fuese al lago, tomó el mango de manos del godo y lo arrojó al agua, y al punto se remontó el hierro del fondo y se ajustó al mango. Y devolviendo inmediatamente al godo la herramienta, le dijo: “Ahí lo tienes, trabaja y no te contristes” ⁷.

⁶ Muy parecido es lo que se cuenta en la vida de san Francisco Solano (1549-1610). Estando de misionero en la provincia de la Rioja (Argentina), se había secado un río y los naturales no tenían agua para vivir. El padre Solano hizo oración y *en un paraje quebrado, empezó con un palo a herir la tierra y a decir: “Ya viene agua que Dios nos la envía”. Y empezó a salir agua de tal manera que nunca ha faltado y todos lo tuvieron y tienen hoy en día por milagro, que Dios ha hecho por medio del padre, y es público en toda la Rioja* (Proceso de Lima. Archivo de la Curia arzobispal de Lima, legajo sobre el Proceso de san Francisco Solano, p. 81). Y según certificó fray Bartolomé de Solís: *Todavía se conserva la fuente de la que milagrosamente salió agua y la llaman hasta hoy la fuente del padre Solano* (Archivo secreto Vaticano N° 1328, fol 1373).

⁷ Un caso muy semejante se narra en la Biblia del profeta Eliseo en 2 Reg 6: *Eliseo, cortando un trozo de madera, lo arrojó al mismo lugar y el hierro (del hacha) sobrenadó. Entonces dijo: “Cógelo”; y él tendió la mano y lo cogió.*

Un día, mientras el venerable Benito estaba en el monasterio, el susodicho niño Plácido, monje del santo varón, salió a sacar agua del lago, y al sumergir incautamente en el agua la vasija que llevaba consigo, cayó también él y fué tras ella. Arrebatóle en seguida la corriente y lo arrastró agua adentro, casi a un tiro de flecha. El varón de Dios, por su parte, que se hallaba en el recinto del monasterio, se dio cuenta al punto de lo que ocurría y llamando inmediatamente a Mauro, le dijo: “Corre, hermano Mauro, que aquel niño que fue por agua ha caído al lago y ya la corriente lo arrastra lejos en pos de sí”.

Y, cosa admirable e insólita desde el apóstol Pedro. Después de solicitar y recibir la bendición, marchó Mauro a toda prisa a cumplir la orden de su padre; y creyendo que caminaba sobre tierra firme, corrió sobre el agua hasta el lugar donde la corriente había arrebatado al niño, y cogiéndolo por los cabellos, volvióse al punto rápidamente. Apenas tocó tierra, vuelto en sí miró atrás y se dio cuenta de que había andado sobre las aguas; y lo que jamás presumió poder hacer, lo admiraba ahora estupefacto como un hecho.

Volviendo al padre, le contó lo sucedido, mas el venerable Benito empezó a atribuir esto, no a sus propios méritos, sino a la obediencia del discípulo. Mauro, por el contrario, sostenía que ello era efecto sólo de su mandato y que él no tenía parte en aquel prodigio, que había hecho inconscientemente.

Pero en esta amistosa contienda de mutua humildad, se constituyó árbitro el niño que había sido salvado, diciendo: “Yo, al ser sacado del agua, veía sobre mi cabeza la melota (especie de zamarra de piel de cabra) del abad y consideraba que era él quien me sacaba de las aguas”⁸.

Habiéndose inflamado ya aquellos lugares en todas direcciones en el amor de Dios Nuestro Señor Jesucristo, muchos dejaron la vida del siglo sometiendo la altivez de su corazón al suave yugo del Redentor. Sin embargo,

⁸ San Pedro caminó sobre las aguas (Mt 14, 29). En la vida de san Juan de la Cruz refiere sor Ana de Jesús: *Yendo a fundar el monasterio de religiosas de Madrid, al pasar el río Guadiana, viniendo de Malagón, el carro de las monjas, con todo lo que llevaban dentro se mojó, a pesar de ser bien alto. Sin embargo, el santo que pasó en jumentillo pasó de largo sin haberse mojado, pareciéndoles a todas que pasaba asentado sobre las aguas, llevando los ojos levantados al cielo* (Manuscrito 12.738, fol 813 de la Biblioteca Nacional de Madrid). Aquí san Juan de la Cruz pasó el río sin mojarse, como si estuviera sobre las aguas por el poder de Dios. Pero quizás aquí se trata de un caso de bilocación por el cual el mismo san Benito salvó al niño Plácido.

En la vida de la beata Ana Catalina Emmerick se cuentan casos de salvación de naufragos en bilocación. También en la de la beata Inés de Benigánim (1625-1696), dice por ejemplo su confesor, el padre Vicente Pastor: *Muchas veces llegaban al convento algunos marineros llevando a la comunidad pescado, dinero y otros regalos, refiriéndose que, hallándose en grave peligro, habían visto a la Madre Inés con sus propios ojos, aparecer sobre las olas, quedando sanos y salvos* (Pedro de la Dedicación, *Vida, virtudes y carismas de la beata Josefa María de Santa Inés*, Valencia, segunda edición, 1974, p. 306).

como es patrimonio de los malos envidiar el bien de la virtud en los demás, que ellos mismos no apetecen, un presbítero de la iglesia vecina, llamado Florencio, abuelo de nuestro subdiácono Florencio, incitado por la malicia del antiguo enemigo, empezó a tener envidia de las empresas llevadas a cabo por el santo varón y a difamar su vida y apartar de su trato a cuantos podía. Mas viendo que ya no le era posible impedir sus progresos y crecía la opinión de su vida, y que además muchos eran atraídos incesantemente a una vida mejor por la fama de su reputación, abrasado más y más por la llama de la envidia, se hacía peor cada día, porque deseaba la alabanza de su vida santa, pero no quería llevar una vida laudable.

Obcecado, pues, por las tinieblas de la envidia, llegó al punto de enviar al siervo de Dios Omnipotente un pan envenenado, como obsequio. El varón de Dios lo aceptó por su parte con acciones de gracias; pero no se le ocultó el mal escondido en el pan⁹.

A la hora de la refección solía venir un cuervo de la selva vecina, que tomaba el pan de su mano. El siervo de Dios echó al cuervo el pan porque el presbítero le había mandado y le ordenó, diciendo: “En nombre de Nuestro Señor Jesucristo, toma este pan y arrójalos a un lugar que no pueda ser hallado por ningún hombre”. Entonces el cuervo abriendo el pico y extendiendo las alas, empezó a revolotear y graznar alrededor del pan como si quisiera decir a las claras que quería sí obedecer, pero que no quería cumplir lo mandado, pero el hombre de Dios le ordenaba una y otra vez al cuervo, diciendo: “Tómalo, tómalo tranquilo, y tíralo a un lugar donde no pueda ser hallado”. Después de haberlo demorado mucho, al fin el cuervo lo tomó con el pico y, remontando el vuelo, se fue. Transcurrido un intervalo de tres horas, después que hubo arrojado el pan, volvió y recibió de manos del varón de Dios el sustento que solía¹⁰. Más el venerable padre, viendo que el ánimo del sacerdote se enardecía contra su vida, dolióse más de él que de sí mismo.

⁹ Ya hemos hablado del envenenamiento del vino y cómo Dios puede salvar a sus santos de muchas maneras. Incluso, haciendo que no le haga daño el alimento envenenado. O también, como en el caso del profeta Eliseo, sanando las aguas malas, echando en ellas sal y diciendo en nombre de Dios: *Yo sano estas aguas y no saldrá en adelante ni muerte ni esterilidad*; y las aguas quedaron saneadas hasta el día de hoy (2 Reg 2, 21-22). Otra vez saneó la comida, echando harina (2 Reg 4, 41). En el caso de Moisés, *echó una madera a las aguas amargas y se endulzaron* (Ex 15, 24-25).

¹⁰ Recordemos aquí al cuervo que le traía al profeta Elías, pan y carne. No olvidemos que algunas veces el ángel de la guarda se presenta bajo la figura de un animal, como el perro Gris de Don Bosco o el pajarito que le llevaba las cartas al correo a santa Gema Galgani. Pero ha habido algunos santos como san Francisco de Asís, san Francisco Solano, san Martín de Porres y otros, que tenían poder de Dios sobre los animales.

El sobredicho Florencio, ya que no pudo matar el cuerpo del maestro, se encendió en deseos de perder las almas de sus discípulos. Y así, en el huerto del monasterio donde se hallaba Benito, introdujo siete muchachas desnudas ante sus ojos, para que trabándose unas con otras las manos jugando largo tiempo ante ellos, inflamaran sus almas en la perversidad de la lascivia. Viéndolo el santo varón desde su celda, y temiendo mucho por la caída de sus más tiernos discípulos, considerando que esto se hacía con ánimo de perseguirle a él solo, evitó la ocasión de aquella envidia de su enemigo, y en todos los monasterios que había construido constituyó prepósitos con los respectivos hermanos; y tomando consigo unos pocos monjes, mudó el lugar de su morada.

Florencio, viendo que no lo había podido matar, decidió acudir a otra táctica, la de las tentaciones impuras. Consiguió que un grupo de chicas jóvenes practicasen un ritual de fecundidad tal como era practicado en ciertos lugares paganos, en que chicas desnudas bailaban agarradas de las manos. Benito lo vio como una tentación para sus jóvenes monjes y decidió irse a otro lugar. Florencio se sentía triunfante, pero se derrumbó la azotea donde se hallaba y pereció aplastado entre los escombros.

El discípulo del varón de Dios, llamado Mauro, estimó que debía anunciárselo al venerable abad Benito, que apenas se había alejado diez millas de aquel lugar, diciendo: “Vuelve, porque el presbítero que te perseguía ha muerto”. Al oír esto el varón de Dios Benito, prorrumpió en grandes sollozos, tanto, porque había muerto su adversario, como porque el discípulo se había alegrado de su muerte. Razón por la cual impuso una penitencia al discípulo porque al darle noticia de lo ocurrido, había osado alegrarse de la muerte del perseguidor...

Al marcharse el santo varón a otra parte, cambió de lugar mas no de enemigo; ya que después tuvo que empeñar combates tanto más difíciles, cuanto que hubo de enfrentarse en abierta lucha con el mismo maestro de la maldad.

La fortaleza llamada Casino está situada en la ladera de un alto monte que parece acoger al alcázar en su anchuroso seno, y elevándose sobre tres millas de altura, levanta su cumbre hasta los cielos. Hubo allí un templo antiquísimo, en el que según la costumbre de los antiguos gentiles, los necios rústicos del pueblo daban culto a Apolo. En torno habían crecido bosques para el culto de los demonios, en los cuales la multitud enloquecida de sus fieles inmataba todavía en aquel tiempo víctimas sacrílegas. Al llegar, pues, allí el varón de Dios, destrozó el ídolo, echó por tierra el ara y taló los bosques, y en el mismo templo de Apolo construyó un oratorio en honor de San Martín, y en el lugar donde había estado su altar erigió un oratorio a San Juan; y con su

predicación continua atraía a la fe a las multitudes que habitaban en los alrededores.

Pero el antiguo enemigo, no sufriendo estas cosas en silencio, se aparecía no ocultamente o en sueños, sino en clara visión a los ojos del padre, y (el demonio) con grandes gritos se quejaba de la violencia que tenía que padecer por su causa, tanto que hasta los hermanos oían sus voces, aunque no veían su imagen. Sin embargo, el venerable abad contaba a sus discípulos que el antiguo enemigo aparecía a sus ojos corporales horrible y encendido y que parecía amenazarle con su boca y con sus ojos llameantes. Y a la verdad, lo que decía lo oían todos, porque primero le llamaba por su nombre; y como el varón de Dios no le respondiese, prorrumplía en seguida en ultrajes contra él. Así, cuando gritaba, diciendo: “Benito, Benito”, y veía que le daba la callada por respuesta, añadía al instante: “Maldito y no Bendito, ¿qué tienes conmigo? ¿Por qué me persigues?”.

En Montecasino había un santuario antiguo, donde el pueblo ignorante de los campesinos daba culto a Apolo. Los bosques sagrados de los alrededores también estaban consagrados a los dioses falsos y donde les tributaban sacrificios paganos. Benito destruyó el ídolo de Apolo, pues el terreno se lo habían donado a él, tiró el altar, taló los bosques y construyó un oratorio a san Martín de Tours en el mismo templo de Apolo y otro a san Juan Bautista en su ara misma. Limpió los alrededores de todo rastro de paganismo y empezó a construir un monasterio, procurando la conversión al catolicismo de los habitantes de los alrededores. Ahora bien, el diablo no estaba tranquilo y lo amenazaba y se le presentaba bajo horribles figuras. Algo que, de alguna manera, todos los santos han tenido que soportar con la permisión de Dios. Leamos las vidas de santos antiguos, como san Antonio Abad, o modernos como san Juan Bosco o san Pío de Pietrelcina para darnos cuenta de que el diablo sigue tan activo ahora como en la antigüedad.

Un día, mientras los hermanos construían las habitaciones de su propio monasterio, había en medio emplazada una piedra que resolvieron levantar para la construcción. Y no pudiendo moverla ni dos ni tres hermanos, se asociaron a ellos muchos más; pero a pesar de ello, permaneció tan inmóvil, como si estuviese arraigada profundamente en la tierra, de suerte que les dio a entender claramente que el mismo antiguo enemigo estaba sentado sobre ella, pues no podían siquiera moverla las manos de tantos hombres. Ante esta dificultad, dióse aviso al varón de Dios para que viniera y ahuyentase con la oración al enemigo, para poder levantar la piedra. Llegó él en seguida y haciendo oración, impartió

la bendición, y al punto levantaron la piedra con tanta rapidez cual si no hubiese tenido antes peso alguno ¹¹.

Quisieron entonces en presencia del varón de Dios cavar tierra en el mismo lugar, y profundizando más en la excavación, encontraron allí los hermanos un ídolo de bronce. Arrojado por el momento en la cocina al azar, vieron salir fuego de repente y pareció a los ojos de todos los monjes que iba a consumirse todo el edificio de la cocina. Y haciendo los hermanos gran estrépito al arrojar agua para extinguir el fuego, acudió el varón de Dios atraído por el vocerío. El cual, viendo que el fuego estaba en los ojos de los hermanos, pero no en los suyos, inclinó sin más la cabeza en actitud de oración; y a los hermanos que vio que eran víctimas de la ilusión de un fuego fantástico, hizo que volvieran a la visión de la realidad, y les amonestó que se cercioraran de que aquel edificio de la cocina estaba intacto e hicieran caso omiso de las llamas que había fingido el antiguo enemigo ¹².

Otra vez, en tanto los hermanos levantaban un poco más una pared, según lo exigían las circunstancias, se hallaba el varón de Dios en el recinto de su celda, consagrado a la oración. Apareciósele el antiguo enemigo, insultándole y le dijo que iba a ver a los hermanos que estaban trabajando. El varón de Dios por medio de un hermano puso en seguida sobre aviso a los monjes, diciendo: “Hermanos, id con tiento, porque en este preciso instante va a vosotros el maligno espíritu”. Apenas había terminado de hablar el que llevaba el mensaje, cuando el maligno espíritu derrumbó la pared que estaban levantando y oprimiendo con las ruinas a un pequeño monje, hijo de un curial, lo aplastó. Quedaron todos consternados y profundamente afligidos, no por el perjuicio sufrido en la pared, sino por el destrozo del hermano. Sin pérdida de tiempo, corrieron a anunciárselo al venerable Benito con grandes sollozos. El padre,

¹¹ En la vida de la beata Inés de Benigánim se cuenta un caso semejante. Era el año 1690 y la Priora quiso abrir una zanja en el huerto, pero encontraron una peña que ni con picos podían romper. Ante esta imposibilidad le dijeron a la beata que echase la bendición. Ella se excusó diciendo que no era sacerdote. La Priora le mandó que lo hiciera y, con una oración que hizo en éxtasis, *echó la bendición. Y ¡caso maravilloso! Cavaron al punto los trabajadores y hallaron la peña tan suave como si fuese de tierra* (Benavent Felipe, *Vida, virtudes y milagros de la beata sor Josefa de santa Inés*, Valencia, 1913, p. 319). Así lo escribe el padre Benavent, que era párroco en ese tiempo de Benigánim, y confesor de la beata.

En otra oportunidad, en 1689, ni cinco hombres podían levantar un pilón de 55 arrobas. Le pidieron ayuda y ella, acompañada, más no ayudada de ellos, lo transportó prácticamente sola (Pedro de la Dedicación, o.c., pp. 122-123).

¹² Esto es lo que pasó también en la vida de san Martín de Porres, tal como lo relata Francisco de la Torre: *Vio este testigo que la celda (del santo) ardía... Y ambos, cada uno por su parte, empezaron a apagar el fuego y lo apagaron en efecto. Después este testigo fue a ver el daño que había causado el fuego y, mirando la parte y lugar por donde lo había apagado, no halló cosa alguna ni señal, ni siquiera olor de humo. Y quedó presumiendo que aquello no podía haberlo hecho, si no es el demonio* (Proceso de beatificación de fray Martín de Porres, Ed. Secretariado Martín de Porres, Palencia, pp. 237-238).

*entonces, mandó que le llevaran el niño destrozado; pero no pudieron hacerlo sino envuelto en un lienzo, como quiera que las piedras de la pared derrumbada le habían triturado no sólo los miembros, sino incluso los huesos. El varón de Dios ordenó que lo dejaran en seguida en su celda, donde él solía hacer oración; y despidiendo a los hermanos, cerró la celda y se puso a orar con más fervor del que solía. ¡Cosa admirable! En el mismo instante lo envió de nuevo sano y salvo como antes a la tarea, para que terminara también él la pared con los hermanos, a aquel monje con cuya muerte había creído el antiguo enemigo causar una afrenta a Benito*¹³.

En esto empezó el varón de Dios a gozar también del espíritu de profecía, prediciendo las cosas futuras y anunciando a los presentes las que ocurrían a distancia.

Era costumbre en el monasterio que cuantas veces saliesen los monjes para alguna diligencia, no tomaran alimento ni bebida fuera de casa. Y así se cumplía con fidelidad, conforme a la prescripción de la Regla. Mas un día salieron los hermanos para realizar una gestión, que les retuvo, muy a pesar suyo, hasta una hora muy avanzada. Y como conocían a cierta mujer piadosa, entraron en su casa para tomar alimento. Y habiendo luego regresado muy tarde al monasterio, solicitaron, como de ordinario, la bendición del abad. Mas éste les interpelló al punto, diciendo: “¿En dónde habéis comido?”. A lo que ellos respondieron: “En ninguna parte”. Y entonces les dijo: “¿Cómo mentís de esa manera? ¿Acaso no entrasteis en casa de tal mujer, y comisteis allí tal y tal cosa y bebisteis tantas veces?”. Cuando vieron que el venerable padre les iba refiriendo la hospitalidad que les había ofrecido aquella mujer y la clase de manjares que habían tomado, como el número de veces que habían bebido, reconociendo entonces lo que habían hecho, se postraron temerosos a sus pies y confesaron su culpa. Mas él les perdonó en seguida su falta, creyendo que en lo

¹³ Veamos otros sucesos de las mismas características. En mayo de 1586 refiere el padre Martín de la Asunción que estaban derribando una parte de la casa de Córdoba para labrar la iglesia. *Habiéndose cavado la pared por los cimientos, se cayó y dio en el aposento del padre fray Juan de la Cruz... Acudieron los peones y frailes a sacarlo, entendiéndolo que estaba muerto y lo hallaron después de haber quitado muchas piedras, riéndose, diciendo que había tenido grandes puntales y que la de la capa blanca (la Virgen) le había favorecido sin lesión ni daño alguno* (Proceso ordinario de beatificación y canonización de san Juan de la Cruz, tomo V, Ed. Monte Carmelo, Burgos, 1931, pp. 83-84).

Otro caso. Miguel González declaró que en el convento agustiniano de San Felipe de Madrid había en un corredor más de siete mil ladrillos. *Un día entró un hombre a sacar ladrillos y se hundió el dicho corredor y se cayó el hombre. Sobre él cayó la mayor parte del ladrillo. Lo sacaron casi muerto y sin sentido alguno. Y como lo llevasen a su celda..., el siervo de Dios (San Alonso de Orozco, 1500-1591) le dijo los santos Evangelios y le puso sus manos y luego quedó sano y bueno. Y le llamaban el hombre del milagro todos los que le conocían* (Información plenaria del Proceso de beatificación de san Alonso de Orozco, Ed. Escorialenses, 1991, p. 349).

sucesivo no volverían a hacer nada en su ausencia, convencidos de que les estaba presente en espíritu.

El hermano del monje Valentiniano, de quien más arriba hice mención, era un varón seglar, pero piadoso. Para encomendarse a las oraciones del siervo de Dios y ver a su hermano, solía ir al monasterio todos los años en ayunas desde el lugar de su residencia. Un día, pues, yendo de camino hacia el monasterio, se le juntó otro viajero que llevaba consigo comida para tomar durante el viaje. Y siendo ya la hora un poco avanzada, le dijo: “Ven, hermano, tomemos alimento, para no desfallecer en el camino”. A lo que respondió aquél: “En absoluto, hermano; no haré tal cosa, pues he tenido siempre la costumbre de ir en ayunas a ver al venerable abad Benito”...

Persuadido por la tercera invitación, consintió por fin y comió. Con lo que llegó al anochecer al monasterio. Al presentarse al venerable padre, solicitó de él la bendición; mas el santo varón le reconvino al punto por lo que había hecho en el camino, diciendo: “¿Cómo ha sido, hermano, que el maligno enemigo que te habló por boca de tu compañero de viaje no pudo persuadirte la primera vez, no pudo tampoco la segunda, pero hízote consentir la tercera, y venció al fin en lo que él quería?”. Reconociendo él entonces su falta, debida a su endeble voluntad, cayó de hinojos a sus pies y empezó a llorar y a sonrojarse de su culpa, tanto más cuanto que se dio cuenta que había faltado, bien que en su ausencia, a vista de san Benito¹⁴.

En tiempo de los godos oyó decir su rey Totila que el santo varón gozaba del espíritu de profecía; y encaminándose a su monasterio, detúvose a poca distancia de él y le anunció su llegada. Cuando se le transmitió en seguida aviso de que podía llegarse al monasterio, él, pérfido de espíritu como era, quiso cerciorarse de si en realidad tenía el varón de Dios, espíritu profético. A cierto armígero suyo, que se llamaba Rigo, le prestó su calzado, hízole vestir con la indumentaria real, y le ordenó comparecer ante el varón de Dios como si fuese él mismo en persona. Envió para su séquito a tres compañeros que, entre otros, solían ir en su comitiva, a saber: Wulderico, Rodrigo y Blidico, para que, fingiendo a los ojos del siervo de Dios que se trataba realmente del mismo rey Totila, formasen con él el cortejo; dióle además otros honores y acompañamiento para que, tanto por el mismo séquito como por los vestidos de

¹⁴ Los dos casos anteriores se refieren al discernimiento de espíritus. Muchos santos conocen el interior de las personas. San Juan Bosco, el cura de Ars, el padre Pío de Pietrelcina y otros conocían los pecados ocultos o no confesados de sus penitentes y se los descubrían. Santa Faustina Kowalska (1905-1938) veía las confesiones sacrílegas por no confesar los pecados contra el pudor. Las alumnas se admiraban y decían: *¿De dónde lo sabe?* (Sumario p. 387; del Proceso de canonización *servae Dei Mariae Faustinae a misericordia. Positio super virtutibus*, Roma, 1990-1991).

A una alumna le dijo un día: *Hija mía, vete a confesar, tu alma no agrada a Cristo* (ib. p. 146).

*púrpura, le tuviesen por el rey. Cuando Rigo llegó al monasterio ostentando las vestiduras reales y rodeado de numeroso séquito, estaba el varón de Dios sentado a considerable distancia. Viéndole llegar, cuando ya pudo hacerse oír de él, gritó diciendo: “Quítate, hijo, quítate eso que llevas; no es tuyo”. Rigo cayó al instante en tierra y quedó sobrecogido de temor por haber tenido la audacia de burlarse de tan gran varón; y todos los que con él habían ido a ver al hombre de Dios, cayeron consternados en tierra. Al levantarse, no se atrevieron a acercársele, sino que, volviéndose a su rey, le contaron temblando la rapidez con que habían sido descubiertos*¹⁵.

Entonces el rey Totila fue personalmente a ver al hombre de Dios; y viéndole a lo lejos sentado, no se atrevió a acercarse, y postróse en tierra. El varón de Dios le dijo dos y tres veces que se levantara, pero como no osara aquél hacerlo en su presencia, Benito, siervo de Jesucristo, dignóse acercarse por sí mismo al rey que permanecía postrado; le levantó del suelo y le reprendió por sus desafueros, y en pocas palabras le anunció de antemano todas las cosas que habían de sucederle, diciendo: “Haces mucho daño, mucho has hecho; ya es hora de poner coto a tu iniquidad. Entrarás ciertamente en Roma, atravesarás el mar; reinarás durante nueve años y al décimo morirás”. Quedó visiblemente aterrado el rey al oír tales palabras, y pidiéndole sus oraciones, se retiró de su presencia; y desde entonces se mostró menos cruel. No mucho después entró en Roma, marchó luego a Sicilia, y al décimo año de su reinado, por un juicio del Dios Omnipotente, perdió el reino con la vida.

Por otra parte, el obispo de la iglesia de Canosa solía visitar al siervo de Dios. Benito le amaba con especial afecto por el mérito de su vida. Entablado un día conversación con él acerca de la entrada del rey Totila en la ciudad y de la devastación de Roma, dijo el obispo: “Este rey va a destruir de tal manera esta ciudad, que no va a poder ser habitada en lo sucesivo”. A lo cual respondió el varón de Dios: “Roma no será exterminada por los bárbaros, antes se consumirá en sí misma a causa de las tempestades, huracanes y tormentas, así como por los terremotos que van a afligirla”. Los misterios de esta profecía nos son ya más patentes que la luz, pues vemos en esta ciudad demolidas las murallas, arruinadas las casas, y las iglesias destruidas por los huracanes, y contemplamos cómo se arruinan sus edificios bajo la acción inexorable del tiempo cual si estuviesen cansados de tan larga vejez.

¹⁵ Esto es exactamente lo que sucedió en la vida de santa Juana de Arco, cuando el Delfín, Carlos VII, quiso engañarla por medio de otro. Se escondió entre sus servidores para probarla. Y, cuando Juana se dirigió a él, reconociéndolo, él le dijo: “Yo no soy el rey. He aquí al rey, mostrando a uno de los presentes”. Pero ella le contestó: “No, tú eres el verdadero heredero de Francia y el hijo del rey”. Quicherat Jules, *Procés de condamnation et de réhabilitation de Jeanne d’Arc*, tomo III, p. 103.

Cierto varón noble llamado Teoprobo, había sido convertido por las exhortaciones del mismo san Benito, el cual, por el mérito de su vida, le tenía gran confianza y familiaridad. Entrando éste un día en su celda, lo encontró llorando amargamente. Tras de esperar largo tiempo, y viendo que sus lágrimas no cesaban, y que el varón de Dios no lloraba de la manera que solía cuando oraba, sino a causa de alguna congoja, preguntóle cuál era el motivo de tanto llanto. A lo que respondió en seguida el varón de Dios: “Todo este monasterio que he construido y todas las cosas que he preparado para los hermanos, van a ser entregadas a los gentiles, por los juicios de Dios Omnipotente. Apenas si he podido obtener que se me conservaran aquí las vidas de los monjes”.

Este oráculo fue lo que oyó entonces Teoprobo, mas nosotros vemos ahora su cumplimiento, pues sabemos que su monasterio ha sido destruido ahora por el ejército de los longobardos. Efectivamente, durante la noche, en tanto los hermanos descansaban, entraron allí no ha mucho los longobardos; y habiéndolo saqueado todo, no pudieron apresar ni a un hombre siquiera, sino que cumplió el Dios Omnipotente lo que había predicho a su fiel siervo Benito: que aunque entregaría los bienes a los gentiles, salvaría las vidas de los monjes que le acompañaban ¹⁶.

En otra ocasión nuestro Exhilarato, cuya conversión te es ya conocida, fue enviado por su señor al varón de Dios para llevar al monasterio dos vasijas de madera, que vulgarmente llaman flascones, llenas de vino. De ellas presentó sólo una, y la otra la escondió yendo por el camino. Pero el varón de Dios, a quien no podía ocultarse lo que se hacía a distancia, recibió la una dando las gracias, y al descender el criado, le advirtió diciendo: “Mira, hijo, no bebas ya de aquel barril que escondiste, sino inclínalo con precaución y verás lo que contiene”. Sumamente confuso salió el siervo de la presencia del hombre de Dios. Y de regreso, queriendo todavía cerciorarse de lo que había oído, inclinando el frasco, salió de él al punto una serpiente. Entonces el joven Exhilarato, a vista de lo que encontró en el vino, concibió un gran horror de la falta cometida ¹⁷.

Veamos otro caso. No lejos del monasterio había una aldea en la que no pocos de sus habitantes habían sido convertidos del culto de los ídolos a la

¹⁶ Esto sucedió probablemente el año 581 cuando los longobardos destruyeron el monasterio de Montecasino.

¹⁷ Aquí se ve que san Benito tenía el don, tan frecuente en los santos, del conocimiento sobrenatural de cosas que no pueden conocerse humanamente. San Martín de Porres tenía este don en alto grado. Un día le robaron a un negro de la enfermería su colchón y su manta. *Y habiéndoselo dicho al siervo de Dios, le respondió: “Aguárdame aquí”. Y fue a la celda de un fraile y los sacó de ella* (Fernando Aragónes en el Proceso, o.c., p. 135). Otro día le dijo a un novicio: *Deja aquí la moneda que has tomado, porque tiene dueño. El otro lo negaba, pero él le respondió: “Sácala del zapato, que no está bien ahí la cruz de Jesucristo* (Ib. p. 89).

verdadera fe gracias a la predicación de Benito. Había también allí unas religiosas, y el siervo de Dios procuraba enviar a menudo algunos de sus hermanos para exhortarlas en provecho de sus almas.

Un día mandó a uno de ellos, como de costumbre; pero el monje que había sido enviado, después de concluida su plática, aceptó a instancias de las monjas unos pañuelos y los escondió en el pecho. Luego que regresó, empezó el varón de Dios a increparle con gran amargura, diciéndole: “¿Cómo ha entrado la iniquidad en tu corazón?”. Quedó aquél estupefacto, y no acordándose de lo que había hecho, ignoraba por qué se le reprendía. Entonces le dijo: “¿Por ventura no estaba yo allí presente, cuando recibiste de las siervas de Dios los pañuelos y los escondiste en tu seno?”. Echándose entonces a sus plantas, arrepintiéndose de haber obrado tan neciamente y arrojó los pañuelos que había escondido en su pecho.

También en otra circunstancia, mientras el venerable padre tomaba su refección a la hora de la cena, uno de los monjes que era hijo de un abogado, le sostenía la lámpara junto a la mesa. Y mientras cenaba el varón de Dios y él cumplía con su oficio alumbrándole, empezó a pensar secretamente en su interior, inducido por el espíritu de soberbia, diciendo para sus adentros: “¿Quién es éste a quien yo asisto mientras come, le sostengo la lámpara y presto servicio? ¿Quién soy yo para servir a éste?”. Y volviéndose en seguida a él el varón de Dios, empezó a increparle con firmeza diciéndole: “Traza una cruz, hermano, sobre tu corazón. ¿Qué estás diciendo? Haz una cruz sobre tu corazón”. Y llamando inmediatamente a los monjes ordenó que le quitasen la lámpara de las manos, le mandó cesara en su oficio y se sentara al punto sin más.

Interrogado después por los hermanos qué era lo que había pensado en su corazón, les contó minuciosamente cuánto se había envanecido por el espíritu de soberbia y qué palabras había dicho en secreto en su corazón contra el varón de Dios. Entonces todos vieron claramente que no podía ocultarse nada al venerable Benito, en cuyos oídos repercutían aún las palabras secretas del pensamiento¹⁸.

¹⁸ Este es un caso de discernimiento de espíritus. En la vida de san Juan de la Cruz se refiere un hecho muy parecido, lo cuenta el padre Alonso de la Madre de Dios: *El padre Juan conocía los corazones y veía lo que en ellos pasaba. Un día este testigo bajaba la escalera del convento de Baeza y se encontró con el siervo de Dios, que le dijo: “¿Para qué va pensando en eso? Si otra vez veo que piensa en esas cosas, le voy a castigar”. Y otras veces, estando con algunas tentaciones secretas, así este testigo como otros religiosos, entrando en recreación..., el siervo de Dios conocía en ellos lo que pasaba y les daba remedios para que venciesen y quitasen estas tentaciones sin que ellos las manifestasen, y ellos se hallaban libres de ellas* (Proceso apostólico de 1627 y 1628, tomo IV, Ed. Monte Carmelo, Burgos, 1992, p. 556).

Otra vez sobrevino en la región de Campania una gran carestía, y la falta de alimentos afligía a todo el mundo. Ya se echaba de menos también el trigo en el monasterio de Benito y se habían consumido casi todos los panes, de suerte que a la hora de la refección no pudieron encontrarse más que cinco para los hermanos. Viéndolos el venerable padre contristados, trató de corregir con suave reprensión su pusilanimidad y animarles después con esta promesa, diciendo: “¿Por qué se contrista vuestro corazón por la falta de pan? Hoy ciertamente hay poco, pero mañana lo tendréis en abundancia”.

Y al día siguiente se encontraron doscientos modios de harina en unos costales, a la puerta del monasterio, sin que hasta ahora se haya podido averiguar de quiénes se valió el Todopoderoso para llevarlos allí. Al ver esto los hermanos, dando gracias a Dios, aprendieron a no dudar ya de la abundancia, incluso en tiempo de escasez¹⁹.

En otra coyuntura cierto hombre devoto le rogó que enviase a sus discípulos a una posesión suya en las inmediaciones de la ciudad de Terracina, para construir un monasterio. Accedió Benito a su demanda y, designados los hermanos, constituyó al abad y ordenó al que debía ser su prepósito. Al partir éstos, les hizo esta promesa: “Id y tal día iré yo y os mostraré el lugar donde debéis edificar el oratorio, el refectorio de los hermanos, la hospedería y todo lo demás que sea necesario”. Y recibida la bendición, marcharon enseguida. Y esperando con gran ansia el día prefijado, prepararon todas las cosas que les parecieron necesarias para los que habían de venir con el padre tan amado. En la misma noche antes de rayar el alba del día convenido, el varón de Dios se apareció en sueños al monje a quien había constituido abad y a su prepósito, y les fue designando circunstanciadamente cada uno de los lugares donde debía levantarse algún edificio. Al despertar, se contaron el uno al otro lo que habían visto. Pero no dando del todo crédito a la visión, esperaban la venida del varón de Dios, según les había prometido. Mas como él no compareciera el día preunciado, volviéronse a él con tristeza, diciendo: “Padre, hemos estado esperándote a que vinieras, según nos habías prometido, para indicarnos qué habíamos de edificar, y no has venido”. Y él les respondió: “Pero, ¿cómo, hermanos, cómo decís eso? ¿Por ventura no fui, como os prometí?”. Y

¹⁹ De estos casos en que la providencia de Dios se hace presente para solucionar el hambre de sus siervos en tiempo de carestía hay muchísimos en las vidas de los santos. Basta leer la vida de san Juan de la Cruz o de santa Teresa de Jesús (Proceso de beatificación y canonización de santa Teresa de Jesús, Ed. Monte Carmelo, Burgos, 1934-1935, tomo III, pp. 447-450).

También se pueden leer muchos casos en la vida de san Juan Bosco: multiplicación de las hostias consagradas (Memorie bibliografiche VI, c. 71, p. 734), multiplicación del pan (Ib. c. 57, pp. 586-588), multiplicación de las avellanas (MB XVIII, c. 1, p. 25) y multiplicación de las castañas (MB III, c. 51, pp. 442-443). Lo mismo podemos hablar del santo cura de Ars o de san José de Cupertino, de quien se dice en el Proceso de canonización que en algunas oportunidades multiplicó el vino, la miel y el pan (Artículo 27)

preguntando ellos que cuándo había venido, respondió: “¿Acaso no me aparecí a los dos mientras dormíais y os indiqué cada uno de los lugares en que debíais edificar? Id, y según lo oísteis en la visión, construid todo el edificio del monasterio”. Al oír esto quedaron sobremanera admirados, y regresando al predio susodicho, construyeron todas las dependencias según les había sido revelado en la visión ²⁰...

No creo tampoco deber pasar en silencio lo que supe por relación del ilustre varón Antonio. Me decía éste que un esclavo de su padre había sido atacado de una especie de lepra, hasta el punto de que se le entumecía la piel y se le caía el cabello, no pudiendo ocultar la podredumbre que crecía por momentos. Fue enviado al varón de Dios por su mismo padre, e instantáneamente le fue restituida la salud perdida ²¹.

No puedo silenciar tampoco lo que solía contar su discípulo llamado Peregrino. Y es que en cierta ocasión un hombre fiel, apremiado por la necesidad de cancelar una deuda, creyó que sólo hallaría remedio si acudía al varón de Dios y le exponía la necesidad que le agobiaba.

Fue, pues, al monasterio, encontró al siervo de Dios Omnipotente, y le expuso las importunas exigencias que sufría de parte de un acreedor suyo por doce sueldos que le debía. El venerable padre le respondió que carecía de los doce sueldos, pero le consoló en su pobreza con estas dulces palabras, diciéndole: “Ve y dentro de dos días vuelve otra vez, porque me falta hoy lo que debiera darte”.

Durante estos dos días estuvo ocupado en la oración, según solía. Cuando al tercero volvió el que estaba afligido por la deuda, se encontraron inesperadamente trece sueldos sobre el arca del monasterio, que estaba llena de trigo. El varón de Dios mandó traerlos e hizo entrega de ellos al afligido

²⁰ Éste es probablemente un caso de bilocación en el que san Benito, como tantos otros santos, se hace presente en lugares distantes y por ello puede dar datos concretos sobre ellos, por haberlos visitado realmente. Pueden leerse casos de bilocación en la vida de la beata Ana Catalina Emmerick, de san Juan Bosco, de santa Teresa de Jesús...

²¹ De milagros de sanación de enfermos de toda clase de enfermedades hay cientos en las vidas de algunos santos como san Antonio de Padua, san Alonso de Orozco, san Antonio María de Claret, san José de Cupertino. Hablando de san Nicolás de Tolentino, el Papa Eugenio IV en la Bula del 1 de febrero de 1446 afirma: *Restituyó la salud a personas golpeadas por desventuras como caídas, naufragios, cárceles y pérdidas de bienes materiales; sanó a enfermos de tuberculosis, gota, dolores de estómago, problemas del corazón y de otras muchas enfermedades. Estos milagros son en total 301 y para su veracidad fueron examinados 371 testigos y fueron registrados por notarios y nos lo refirieron en público consistorio. Dado en Roma, el año 16 de nuestro pontificado.*

menesteroso, diciéndole que saldase los doce sueldos y se reservase uno para cubrir sus expensas ²²...

Había una tinaja de aceite, vacía y cubierta. Y en tanto que el santo varón perseveraba en su plegaria, empezó a levantarse la tapadera que cubría la tinaja, a causa del aceite que había ido en aumento. Quitada ésta, el aceite que había ido subiendo, rebasando el borde de la vasija, inundaba el pavimento del lugar en donde se había postrado. Al darse cuenta de ello el siervo de Dios, Benito, puso al punto fin a su plegaria y cesó de fluir al suelo el aceite. Entonces amonestó más por menudo al hermano desconfiado y desobediente a que aprendiese a tener fe y humildad. El monje corregido saludablemente, se avergonzó de lo ocurrido, pues el venerable padre había puesto de manifiesto con milagros la virtud del Dios Omnipotente, que antes mostrara con su exhortación. Y así, no había ya nadie que dudara de sus promesas, toda vez que en un momento, en lugar de una redoma de cristal casi vacía, había él devuelto una tinaja llena de aceite ²³.

Yendo un día el santo al oratorio de San Juan, sito en la misma cumbre del monte, salióle al encuentro el antiguo enemigo bajo la forma de un albéitar (veterinario), llevando un vaso de cuerno con brebajes. Como Benito le preguntara adónde iba, él le contestó: “Me voy a darles una poción a los hermanos”. Fuése entonces el venerable padre a la oración, y concluida ésta, volvió inmediatamente. El maligno espíritu, por su parte, encontró a un monje anciano sacando agua, y al punto entró en él y lo arrojó en tierra atormentándole furiosamente. Al volver de la oración el varón de Dios, viendo que el anciano era torturado con tal crueldad, dióle tan sólo una bofetada y al momento salió el maligno espíritu, de suerte que no osó volver más a él ²⁴.

²² Este caso de encontrar milagrosamente dinero se cuenta en la vida de algunos santos como santa Teresa de Jesús. Refiere sor Ana de San Agustín que *una vez, estando con mucha falta de dineros, acudió ella a la imagen del niño Jesús* (tal como le había aconsejado Teresa) *y al poco rato encontró en una cestica, que esta testigo le tenía puesta en el brazo, cantidad de dineros en plata y oro de más de 300 reales o hasta treinta ducados... Otro día, escarbando en un agujero de una tapia, halló 60 reales... En las partes y lugares donde esta testigo halló el dinero, siempre que lo pedía al niño Jesús, era imposible que persona humana lo hubiese puesto* (Proceso de beatificación y canonización de santa Teresa de Jesús, Ed. Monte Carmelo, Burgos, 1934-1935, tomo III, pp. 447-450).

²³ Sobre la multiplicación del aceite se habla del profeta Elías (1 Reg 17, 14-16) y del profeta Eliseo (2 Reg 4, 2-7).

²⁴ Sobre casos de liberación hay muchos entre los santos. Podemos leer en la vida de san Juan de la Cruz el gran poder que tenía sobre los demonios. Pueden verse las declaraciones del padre Alonso de la Madre de Dios (Proceso apostólico, tomo IV, pp. 286-289). También pueden leerse casos en la vida del cura de Ars (Declaraciones de Juan Picard en el Proceso Ordinario, que se encuentra en los archivos parroquiales de Ars, p. 1312). O los casos de liberación del santo Tomás de Villanueva (Salón Miguel Bartolomé, *Vida de santo Tomás de Villanueva*, Valencia, 1588. Nueva edición de 1925, p. 62).

En cierta ocasión había salido con los hermanos a las labores del campo, y en eso llegó al monasterio un rústico llevando en sus brazos el cuerpo de su difunto hijo, llorando amargamente por su pérdida, y preguntando por el venerable Benito. Cuando se le contestó que estaba el padre en el campo con los monjes, dejó inmediatamente junto a la puerta del monasterio el cuerpo de su hijo extinto, y turbado por el dolor echó a correr en busca del venerable padre. Pero en aquel preciso momento regresaba ya el varón de Dios del trabajo del campo con los hermanos. No bien le divisó el desgraciado campesino, empezó a gritar: “¡Devuélveme a mi hijo, devuélveme a mi hijo!”. Al oír tales palabras, detúvose el varón de Dios y le dijo: “¿Por ventura te he quitado yo a tu hijo?”. A lo que respondió aquél: “Ha muerto, ven, resucítale”. En oyendo esto el siervo de Dios se entristeció sobremanera, diciendo: “Apartaos, hermanos, apartaos; estas cosas no nos incumben a nosotros, antes son propias de los santos apóstoles. ¿Por qué queréis imponernos cargas que no podemos llevar?”. Mas el campesino, abrumado por el dolor persistía en su demanda, jurando que no se iría, si no resucitaba a su hijo. Entonces el siervo de Dios inquirió: “¿Dónde está?”. A lo que él respondió: “Junto a la puerta del monasterio yace su cuerpo”. Llegó allí el varón de Dios con los hermanos, hincó sus rodillas y postróse sobre el cuerpecito del niño; y levantándose luego, elevó sus manos al cielo, diciendo: “Señor, no mires mis pecados, sino la fe de este hombre que pide se le resucite a su hijo, y vuelve a este cuerpecillo el alma que quitaste”. Apenas había terminado las palabras de la oración, cuando volviendo el alma al cuerpecito del niño, se estremeció éste de tal modo, que todos los presentes pudieron apreciar con sus propios ojos cómo se había agitado el cuerpo exánime, conmovido con aquella sacudida maravillosa. Tomó entonces la mano del niño y se lo devolvió vivo e incólume a su padre ²⁵.

Su hermana por nombre Escolástica, consagrada al Dios Omnipotente desde su más tierna infancia, solía visitarle una vez al año. El varón de Dios descendía a su vez para verla a una posesión del monasterio, no lejos de la puerta del mismo. Un día vino ella como de costumbre y su venerable hermano descendió a verla acompañado de algunos discípulos. Invirtieron todo el día en alabanzas del Señor y en santos coloquios; y al echarse encima las tinieblas de la noche, tomaron juntos la refección. Estando aún sentados a la mesa, como se prolongara más y más la hora entre santas conversaciones, su religiosa hermana le rogó, diciendo: “Te suplico que no me dejes esta noche, para que podamos hablar hasta mañana de los goces de la vida celestial”. Mas él respondió:

²⁵ Sobre resurrección de muertos también hay muchos casos entre los santos. Un ejemplo especial es el de san Alonso de Orozco (Ver declaración de Isabel Hernández en la Información plenaria del Proceso de beatificación, Ed. Escorialenses, pp. 84-86). Otro caso lo declara sor María de la Columna (Ib. pp. 64-86). También existe la declaración de fray Blas Pantoja sobre otro caso (Información Sumaria, Ed. Escorialenses, 1992, p. 1113).

“¿Qué estás diciendo?, hermana: en modo alguno puedo permanecer fuera del monasterio”.

Estaba entonces el cielo tan despejado que ni una nube aparecía en el firmamento. La santa religiosa, al oír la negativa de su hermano, entrelazando sobre la mesa los dedos de sus manos, apoyó en ellas su cabeza para orar al Dios Todopoderoso. Cuando la levantó, era tanta la violencia de relámpagos y truenos, y tal la inundación que se produjo a causa de la lluvia, que ni el venerable Benito ni los hermanos que con él estaban, podían siquiera trasponer el umbral de la estancia en donde se habían sentado.

Efectivamente, al apoyar la devota mujer la cabeza sobre sus manos, había derramado sobre la mesa ríos de lágrimas, que trocaron en lluvia la serenidad del cielo. Y no tardó en seguir a la oración la inundación aquella, sino que de tal modo coincidieron la plegaria y la tempestad, que cuando levantó ella la cabeza de la mesa, se oyó el estallido del trueno; y lo mismo fue levantarla, que caer la lluvia al momento.

Viendo entonces el varón de Dios que en medio de tantos relámpagos y truenos y de aquella lluvia torrencial, no le era posible regresar al monasterio, contristado, empezó a quejarse, diciendo: “Que Dios Omnipotente te perdone, hermana, ¿qué es lo que has hecho?”. Y ella respondió: “Mira, te rogué a ti, y no quisiste escucharme; he rogado a mi Señor y me ha oído. Ahora, pues, sal si puedes, déjame y torna al monasterio”. Mas él no pudiendo salir de la casa por no haber querido quedarse de buena gana, tuvo que permanecer allí mal de su agrado. Y así fue como pasaron toda la noche velando, saciándose ambos en mutua conversación y santos coloquios sobre la vida espiritual ²⁶.

Y cuando al día siguiente la venerable religiosa volvió a su morada, tornó a la suya el siervo de Dios. Tres días después, estando en el monasterio, levantando los ojos al cielo, vio el alma de su hermana, desprendida de su cuerpo, penetrar en forma de paloma en los ámbitos del cielo.

Compartiendo con ella el gozo de tanta gloria, dio gracias a Dios Omnipotente con alabanzas y cánticos, y anunció su muerte a los hermanos, a quienes envió en seguida para que trajeran el cuerpo al monasterio, y lo

²⁶ Sobre la lluvia milagrosa, podemos leer en la vida de santa Teresa de Jesús: *Yendo a una fundación había gran necesidad de agua en aquella tierra y los que iban con la santa Madre, pidiéronle mucho que suplicase a Nuestro Señor les diese agua. Ella hizo que todas las hermanas que iban allí dijese una letanía y así la dijeron luego; y antes de que se acabase, comenzó a llover y toda la noche llovió mucho... Hízoles tanta devoción esto a los que iban allí, que lloraban de ver que lo que habían pedido a la santa que les alcanzase, en tan poco espacio lo habían visto cumplido* (Obras completas de la beata Ana de san Bartolomé, editadas por el padre Julián Urkiza, Teresianum, Roma, 1981, p. 12).

depositaran en el sepulcro que para sí mismo había aparejado. Así sucedió que ni siquiera la tumba pudo separar los cuerpos de aquellos cuyo espíritu había sido siempre una sola cosa en el Señor ²⁷.

En otra ocasión, Servando, diácono y abad del monasterio que había sido levantado en otro tiempo por el patricio Liberio en la región de Campania, fue al monasterio con objeto de visitarle según solía. Frecuentaba, en efecto, su cenobio, porque como él era también un varón lleno de doctrina de gracia celestial, cambiábase mutuamente dulces palabras de vida, y como no podían aún gozar plenamente del suave alimento de la palabra celestial, al menos suspirando lo pregustaban de alguna manera.

Habiendo llegado ya la hora de entregarse al descanso, subió el venerable Benito a su celda, situada en la parte superior de la torre, y el diácono Servando, a su vez, ocupó una habitación en el piso inferior, desde cuyo lugar subía una ancha escalera que daba acceso a la parte superior del edificio. Frente a esta misma torre había una amplia estancia donde descansaban los discípulos de ambos.

Y he aquí que mientras aún dormían los hermanos, el hombre de Dios, Benito, solícito en velar, se anticipaba a la hora de la plegaria nocturna de pie junto a la ventana y oraba al Dios Omnipotente. De pronto a aquellas altas horas de la noche vio proyectarse desde lo alto una luz que, difundiéndose, en torno, ahuyentaba todas las tinieblas de la noche y brillaba con tal fulgor que resplandeciendo en medio de la oscuridad era superior a la del día. En esta visión, se siguió un hecho maravilloso; porque, como él mismo contó después, apareció ante sus ojos todo el mundo como recogido en un solo rayo de sol. Y mientras el venerable padre fijaba sus pupilas en el brillo de aquella luz deslumbradora, vio cómo el alma de Germán, obispo de Capua, era llevada al cielo por los ángeles en un globo de fuego. Entonces, queriendo tener un testigo de tan gran maravilla, llamó al diácono Servando, repitiendo dos y tres veces su nombre con grandes voces. Turbado éste por aquel grito insólito en el varón santo, subió, miró y vio sólo una tenue estela de aquella luz.

²⁷ Santa Teresa de Jesús en el libro de su vida cuenta varios casos sobre apariciones de difuntos que se le aparecían al ir al cielo, envueltos en una luz maravillosa. En la vida de santa Juana de Arco, refiere fray Isambart de la Pierre que había un soldado inglés que odiaba mucho a Juana de Arco. Cuando la escuchó gritar el nombre de Jesús en su último momento, *quedó asombrado de estupor y como atontado. Y fue llevado a una taberna cercana para que bebiera algo y reanimarlo. Confesó que había pecado gravemente y se arrepentía de lo que había hecho contra Juana, a quien ahora tenía por una santa mujer, pues había visto él mismo, al momento en que Juana dio su último suspiro, salir de ella una paloma blanca.* Quicherat Jules, Procés de condamnation et de réhabilitation de Jeanne d'Arc, tomo II, p. 352 y tomo III, p. 182.

Servando quedó atónito ante tan gran prodigio, y el varón de Dios le contó por orden todo lo sucedido; y en seguida dio aviso al piadoso varón Teoprobo, de la villa de Casino, que aquella misma noche enviara un mensajero a la ciudad de Capua con el fin de indagar cómo se hallaba el obispo Germán, para que se lo notificara.

Así se hizo. Y el enviado encontró ya difunto al venerabilísimo obispo Germán, e informándose detalladamente, supo que su muerte había acaecido en el preciso momento en que el hombre de Dios vio su ascensión a la gloria²⁸.

En el mismo año en que Benito había de salir de esta vida, anunció el día de su santísima muerte a algunos discípulos que con él vivían y a otros que vivían lejos; a los que estaban presentes les recomendó que guardaran silencio sobre lo que habían oído, y a los ausentes les indicó qué señal se les daría cuando su alma saliese del cuerpo.

Seis días antes de su muerte mandó abrir su sepultura. Muy pronto, atacado de unas fiebres, comenzó a fatigarse con su ardor violento. Como la enfermedad se agravaba de día en día, al sexto se hizo llevar por sus discípulos, al oratorio y allí se fortaleció para la salida de este mundo con la recepción del Cuerpo y Sangre del Señor; y apoyando sus débiles miembros en manos de sus discípulos, permaneció de pie con las manos levantadas al cielo, y exhaló el último aliento entre palabras de oración.

En el mismo día, dos de sus discípulos, uno que se hallaba en el monasterio y otro lejos de él, tuvieron una misma e idéntica revelación. Vieron, en efecto, un camino adornado de tapices y resplandeciente de innumerables lámparas que por la parte de oriente, desde su monasterio, se dirigía derecho hasta el cielo. En la cumbre, un personaje de aspecto venerable y resplandeciente les preguntó si sabían qué era aquel camino que estaban contemplando, Ellos contestaron que lo ignoraban. Y entonces les dijo: “Éste es el camino por el cual el amado del Señor, Benito, ha subido al cielo”. Y

²⁸ Después de la muerte de san Charbel Makhluf, muchas personas vieron una luz que bajaba y subía durante 45 días, desde su cadáver hasta el cielo (Garofalo Salvatore, *Il profumo del Libano*, Postulazione dell'Ordine libanese maronita, Roma, 1977, p. 193).

A san Nicolás de Tolentino (1245-1305) se le ha llamado el santo de la estrella, porque durante mucho tiempo antes de su muerte, se veía que le seguía una estrella de luz. Y durante mucho tiempo después de su muerte, especialmente en el aniversario de su muerte, se veía esa estrella de luz sobre su sepulcro. Así lo dice su biógrafo Pietro da Monterubbiano (*Storia di san Nicola da Tolentino*, biblioteca Egidiana, Tolentino, 2007, c. IX, pp. 127-128).

Santa Teresa de Jesús refiere que de todas las almas que vio subir al cielo, llenas de luz, sólo tres fueron directamente al cielo sin pasar por el purgatorio; una de ellas, la de san Pedro de Alcántara (Vida 38, 32).

entonces, al par que los discípulos presentes vieron la muerte del santo varón, los ausentes la conocieron merced a la señal que les había anunciado ²⁹.

Fue sepultado en el oratorio de San Juan Bautista, que él mismo había edificado en el lugar en que había sido demolido el altar de Apolo. Aquí, como en la cueva de Subiaco donde habitó con anterioridad, resplandece por sus milagros hasta el día de hoy, si así lo merece la fe de aquellos que los solicitan.

LA REGLA

San Gregorio Magno dice en el libro II de los Diálogos, capítulo 36: *Entre tantos milagros con que (san Benito) resplandeció en el mundo, brilló también de una manera no menos admirable por su doctrina; porque escribió una Regla para monjes, notable por su discreción y clara en su lenguaje.*

A la Regla, el mismo san Benito la llama en dos oportunidades santa Regla. Fue escrita por el santo en latín vulgar, es decir, el que se hablaba en el siglo VI y no en latín clásico. Fue escrita en Montecasino en los últimos años de su vida, cuando ya había alcanzado la plena madurez y experiencia de la vida espiritual y monacal. Por eso, en algunos lugares se ven anotaciones concretas debidas a casos personales que había conocido y hace las recomendaciones del caso. En cuanto a sus fuentes, san Benito conocía algunas otras Reglas como las de san Pacomio, san Basilio, san Agustín, san Macario... También conocía las vidas de san Antonio abad, de san Pacomio, *la historia de los monjes de Rufino, los Apotemas o Sentencias de los Padres egipcios*. Y, sobre todo, conocía mucho la Sagrada Escritura, pues a lo largo de la Regla se ve abundancia de textos bíblicos como fundamento teológico.

A través de la Regla podemos conocer la personalidad de san Benito. En todas las normas se nota una gran caridad y comprensión con todos. Se puede decir que fue un gran humanista, un hombre que rebosaba humanidad y amor para todos. Por experiencia reconoce que el monje es un hombre frágil, enfermo muchas veces del alma, y pecador, pero que puede curarse. De ahí que todas las normas son más medicinales que penitenciales.

²⁹ También ha habido algunos santos que han profetizado el día de su muerte. Santa Faustina Kowalska le comunicó a su confesor, el padre Sopocko, que moriría el 5 de octubre de 1938, como así fue. Sor María Felicia declaró que el *último día de su vida dijo con gozo: "Hoy Jesús me llevará con él"* (Canonizationis servae Dei Mariae Faustinae Kowalska. Positio super virtutibus, Roma, 1990-1991). Summarium p. 66.

San Pascual Bailón, tal como lo declaró el padre Juan Ximénez: *Estando sano y bueno, profetizó su muerte y, después que cayó enfermo dijo el día en que moriría y aun conoció la hora* (Ximénez Juan, *Crónica del bendito fray Pascual Baylón*, Valencia, 1601, p. 234).

Comienza la Regla, considerándose un verdadero padre para todos sus monjes: *Escucha, hijo, estos preceptos de un maestro, aguza el oído de tu corazón, acoge con gusto esta exhortación de un padre entrañable y ponla en práctica.* En varias ocasiones los llama también *hermanos queridísimos* (Regla, Pról 19).

El monasterio debe ser la Casa de Dios, como se le llama en otras ocasiones. Es el espacio donde Dios está presente entre los monjes, que son miembros de su familia.

OFICIO DIVINO

El centro del monasterio, Casa de Dios, es el mismo Dios y el oficio principal de los monjes es amarlo y alabarlo como hijos suyos y miembros de su familia. En la Regla, el punto central es en consecuencia la *Obra de Dios*, el *Opus Dei*, como se dice en latín, es decir el Oficio divino.

Se dice claramente: *Que nada se anteponga a la Obra de Dios* (Regla 43, 3). Al Oficio divino dedicó once capítulos, dándole la máxima importancia, porque para él la principal obligación de los monjes y el principal medio de santificación personal debía ser la alabanza divina en común. Por eso, siempre los benedictinos se han distinguido en la solemnidad con que recitan y viven el Oficio divino, dando alabanzas a Dios con la misma oración oficial de la Iglesia, que, después de la misa, es la mejor oración y más agradable.

Los benedictinos se han considerado siempre fundados para el Oficio del coro (*propter chorum fundati*). El ideal de la vocación benedictina es la celebración de la liturgia, que, al principio, era sólo el Oficio divino, pero después, cuando la mayoría de monjes eran sacerdotes, se concentró también en la celebración solemne y cantada de la santa misa.

El *nihil operi Dei praeponatur* (nada se anteponga a la obra de Dios u Oficio divino) no ha tenido parangón en ninguna de las Reglas monásticas anteriores o posteriores. Según esto, un monasterio benedictino debe ser una escuela de servicio de Dios, donde el principal acto comunitario debe ser la celebración comunitaria del Oficio divino.

Algunos autores, como el cardenal Gasquet, entendía así el monasterio benedictino: *La figura central del monasterio era el Rey divino. El monasterio era un palacio, una corte; y el Oficio divino era el servicio diario y el homenaje formal que se rendía a su divina Majestad. El Opus Dei, Obra de Dios, era la*

*coronación de la estructura del edificio monástico. Constituía la principal ocupación del monje y primaba sobre las demás ocupaciones*³⁰.

EL ABAD

Abad viene de abba, que, en lengua hebrea y siríaca, significa padre. En griego y en latín es abbas y de ahí se impuso en Occidente la palabra abad, en lugar de padre, prepósito o mayor con que se designaba al Superior de la comunidad. Ya en el siglo VI abbas o abad era el término más usado.

El abad llegó a ser tan importante en los monasterios que éstos terminaron llamándose abadías. El abad era el maestro único e indiscutible, que lo dominaba todo. Los monjes eran sus hijos, sus alumnos y sus discípulos vitalicios.

Y dado que Dios es el Rey del monasterio y éste como su palacio, el abad es su representante ante los hermanos. Y, como a quien hace las veces de Cristo, se le dará el nombre de señor y abad (Regla 63, 13). *Hace las veces de Cristo en el monasterio... Por tanto, no ha de enseñar, establecer o mandar cosa alguna que se desvíe de los preceptos del Señor... No haga discriminación de personas. No amará a uno más que a otro, de no ser al que hallare mejor en las buenas obras y en la obediencia... Tenga igual caridad para con todos y a todos aplique la misma norma según los méritos de cada cual... Su misión es la de dirigir almas de las que tendrá que rendir cuentas* (Regla 2).

Más le corresponde servir que presidir... Y haga prevalecer siempre la misericordia sobre el rigor de la justicia para que a él le traten de la misma manera. Aborrezca los vicios, pero ame a los hermanos. Incluso, cuando tenga que corregir algo, proceda con prudencia y no sea extremoso en nada, no sea que, por querer raer demasiado la herrumbre, rompa la vasija. No pierda nunca de vista su propia fragilidad y recuerde que no debe quebrar la caña hendida... Procure ser más amado que temido... Y por encima de todo ha de observar esta Regla en todos sus puntos (Regla 64).

El abad, según la Regla, debe ser modelo y servidor de todos como un padre. Debe mantener contactos con todos y preocuparse de todos y de cada uno en particular como padre, maestro, médico y pastor. Debe velar en especial de los más débiles como son los niños y adolescentes, así como de los ancianos y enfermos.

³⁰ Sketch XIII.

A los hermanos enfermos o delicados se les encomendará una clase de trabajo mediante el cual, ni estén ociosos, ni el esfuerzo los agote o les haga desistir. El abad tendrá en cuenta su debilidad (Regla 48, 24-25).

El abad debe ser elegido por toda la comunidad por unanimidad o por una parte de la misma, aunque sea pequeña, pero con un criterio más recto (Regla 64, 1).

Si se hace indigno de ocupar su cargo por su vida indigna, el obispo, al igual que otros abades o cristianos del contorno, deben impedir que siga ejerciendo su cargo (Regla 64, 4).

En la tarea de curar a los hermanos desobedientes, el abad tiene como último recurso la excomunión. Se le excluirá (al hermano) de su participación en la mesa común. En el oratorio no cantará ningún salmo ni antífona, ni recitará lectura alguna hasta que haya cumplido la penitencia. Comerá totalmente solo después de que hayan comido los hermanos (Regla 24, 4-5).

Pero el abad como un médico perspicaz, recurrirá a todos los medios, como quien aplica cataplasmas, esto es, enviándole monjes ancianos y prudentes, quienes como a escondidas consuelen al hermano vacilante y le muevan a una humilde satisfacción. El abad debe desplegar una solicitud extrema y afanarse con toda sagacidad y destreza por no perder ninguna de las ovejas a él confiadas... Imite el ejemplo de ternura que da el buen pastor (Regla 27, 2-8).

El abad debe actuar como un médico sabio. Si después de haber recurrido a las cataplasmas y unguentos de las exhortaciones, a los medicamentos de las Escrituras divinas y, por último, al cauterio de la excomunión y a los golpes de los azotes, aun así ve que no consigue nada con sus desvelos, recurra también a lo que es más eficaz: su oración personal por él junto con la de todos los hermanos para que el Señor le dé la salud al hermano enfermo. Pero si ni entonces sanase, tome ya el cuchillo de la amputación..., no sea que una oveja enferma contamine a todo el rebaño (Regla 28, 2-8).

Si un hermano, que por su culpa ha salido del monasterio, quiere volver otra vez, antes debe prometer la total enmienda de aquello que motivó su salida, y con esta condición será recibido en el último lugar para probar así su humildad. Y, si de nuevo volviere a salir, se le recibirá hasta tres veces, pero sepa que en lo sucesivo se le denegará toda posibilidad de retorno al monasterio (Regla 29).

Si se trata de un pecado oculto del alma, lo manifestará solamente al abad o a los ancianos espirituales que son capaces de curar sus propias heridas y las ajenas, pero no descubrirlas y publicarlas (Regla 46, 5-6).

Cuando a un hermano le manden alguna vez obedecer en algo penoso para él o imposible, acoja la orden que le dan con toda docilidad y obediencia. Pero, si ve que el peso de lo que le han impuesto excede totalmente la medida de sus fuerzas, exponga al Superior con sumisión y oportunamente las razones de su imposibilidad, excluyendo toda altivez, resistencia u oposición. Mas, si después de exponerlo, el Superior sigue pensando de la misma manera y mantiene la disposición dada, debe convencerse el inferior que así le conviene y obedezca por caridad, confiando en el auxilio de Dios (Regla 68).

OTROS CARGOS

En la tarea de educar y cuidar la comunidad, el abad tiene el apoyo de los decanos que *son hermanos de buena reputación y vida santa, que cuidarán de grupos de diez hermanos (Regla 21, 1-2).*

El mayordomo es el encargado de la despensa y administración temporal de los bienes y debe ser *sensato, de buenas costumbres, humilde..., de no mucho comer (Regla 31, 1) ni avaro ni pródigo (ib. v. 12).*

También los ancianos, hombres maduros en experiencia y espiritualidad, cooperan en la buena marcha del monasterio. Los jóvenes deben obedecerlos con *toda caridad y solicitud (Regla 71, 4). Dos de ellos recorrerán el monasterio durante las horas en que los hermanos se dedican a la lectio divina (lectura espiritual) para que no pierdan el tiempo o se dediquen a otras cosas. También deben cuidar de las almas de los hermanos, quienes pueden manifestarles pecados ocultos (Regla 46, 5-6) para recibir orientación y ayuda, sin que eso sea confesión, reservada sólo a los sacerdotes.*

Otros cargos importantes son los de hospedero y portero, ya que en el monasterio debe haber hospitalidad para recibir a los huéspedes *como al mismo Cristo (Regla 53)*. El enfermero debe cuidar con todo afecto y caridad a los enfermos.

El maestro de novicios era quien debía educar en la vida monacal a las aspirantes. Todos los novicios debían conocer la Regla perfectamente para poder vivirla. Por ello, durante el año del noviciado había que leérsela tres veces.

A la hora de la profesión debía redactarse un instrumento jurídico, si era posible, escrito del puño y letra del candidato; y el interesado lo debía depositar ante el altar (Regla 58, 19-20). Al hacerlo así, colocando su ofrecimiento en el altar, era como unir su ofrecimiento al de Cristo para que en el momento de la misa, Jesús lo uniera al suyo y ofreciera ambos ofrecimientos al Padre celestial.

Una vez depositado ante el altar, *el mismo novicio entonará a continuación este verso: “Recíbeme, Señor, según tu palabra y viviré; no permitas que vea frustrada mi esperanza”*. Este verso lo repetirá tres veces toda la comunidad, añadiendo “Gloria Patri”. *Póstrase entonces el hermano a los pies de cada uno para que oren por él; y ya desde ese día debe ser considerado como miembro de la comunidad* (Regla 58, 21-23).

ACTIVIDADES

En el monasterio debían tener todas las cosas necesarias para la vida de comunidad: molino, horno, huerta y lo necesario para otros oficios, de modo que no tuvieran que salir afuera de los muros, a no ser para trabajar en el campo o para cosas importantes.

En el monasterio también debía haber enfermería, despensa, ropería, zapatería, panadería, dos cocinas (una para el abad y los huéspedes; y otra para la comunidad), y también una sala de baños (Regla 36, 8), sin faltar los servicios higiénicos imprescindibles. Los dormitorios eran varios de acuerdo al número de monjes. Los niños y adolescentes debían estar intercalados con los adultos para evitar juegos.

El oratorio era el lugar más importante de la casa. Después estaba la biblioteca y, en algunos monasterios posteriores, estaría el *Scriptorium* o lugar donde se copiaban los códices antiguos. Se supone que en la escuela del monasterio, donde se enseñaba a los niños y adolescentes, podían aprender también los adultos postulantes analfabetos, pues todos los monjes debían saber leer y escribir para la *lectio divina* y rezar el Oficio divino.

La *lectio divina* o lectura espiritual era para leer en primer lugar las Escrituras y después los libros de los grandes maestros de la vida espiritual y monacal como san Agustín, san Pacomio, san Basilio, san Jerónimo, Casiano, Evagrio, Póntico... Tenía un carácter de lectura piadosa y de provecho espiritual más que de estudio intelectual.

También todos debían trabajar por el bien del monasterio de acuerdo a sus posibilidades o fuerzas. San Benito insiste mucho que *la ociosidad es enemiga*

del alma (Regla 48, 1). Por ello, muchos autores han resumido la Regla en dos palabras: *Ora et labora* (Ora y trabaja).

En la Regla se habla de tiempos de silencio para orar, hacer la *lectio divina* y dormir. También marca momentos de alegría y regocijo, evitando risas burlonas, gritos o chocarrería. Dice que en Cuaresma se moderen en las conversaciones y bromas (Regla 49, 7). Habla de abstenerse de palabras malas y deshonestas, no ser amigos de hablar mucho, no decir necedades o cosas que exciten la risa, no gustar de reír mucho o estrepitosamente (Regla 4, 51-54).

En cuanto a alimentos, estaban permitidos los huevos, leche, pan, verduras crudas, aceitunas, frutas, mantequilla, queso, pescado; y parece que también la carne de aves, pero se prohibió la carne de cuadrúpedos, excepto para los enfermos. A los enfermos se les permite comer toda clase de carne.

Permite una libra de pan diaria y dispone que haya dos platos de comida cocinada y un tercero de fruta o verdura fresca, *de manera que quien no pueda comer de uno, pueda comer de otro* (Regla 39,2). Permite cierta cantidad de vino al día (una hemina o media pinta). Durante medio año (de Pascua a septiembre) tenían dos comidas al día. El resto del año sólo una, a las dos y media de la tarde.

En cuanto al sueño, quiso que tuvieran un tiempo razonable (unas ocho horas la mayor parte del año y seis o siete horas en verano, más la siesta). En cuanto a la ropa debía ser a medida, aunque en ese tiempo no tenían un hábito uniforme característico. El único distintivo del monje era la tonsura (Regla 1, 7). Para guardar la castidad no debían dormir desnudos, sino vestidos. Cada uno tenía dos vestidos para cambiarse al acostarse, ceñidos con cinturones o cuerdas, pero sacándose el cuchillo que llevaban al cinturón para no herirse durante el sueño (Regla 22).

La ropa debía corresponder *a las condiciones y al clima del lugar... una cogulla y una túnica cada uno, un escapulario* (especie de mandil) *para el trabajo, escarpines y zapatos para calzarse* (Regla 55, 4).

Cada monje puede arreglarse, efectivamente con dos túnicas y dos cogullas para que pueda cambiarse por la noche y para poder lavarlas... Los que van de viaje recibirán calzones en la ropería y los devolverán una vez lavados cuando regresen (Regla 55, 10-14). *Para las camas baste con una estera, una cubierta, una manta y una almohada... Para extirpar de raíz el vicio de la propiedad, se dará a cada monje lo que necesite, o sea, cogulla, túnica, escarpines, calzado, ceñidor, cuchillo, estilete, aguja, pañuelo y tablillas* (Regla 55, 15-19).

Estas cosas las tendrán para uso propio, pero *sean comunes todas las cosas para todos, como está escrito, y nadie diga o considere que algo es suyo* (Regla 33,6). *Al monje no le está permitido de ninguna manera recibir, ni de sus padres, ni de cualquier otra persona, ni de entre los monjes mismos, cartas, eulogias, ni otro obsequio cualquiera, sin autorización del abad. Y, ni aunque sean sus padres quienes le envían alguna cosa, se atreverá a recibirla sin haberlo puesto antes en conocimiento del abad. Pero, aun cuando disponga que se acepte, podrá el abad entregarla a quien desee. No se contriste por ello el hermano a quien había sido dirigida, para no dejar resquicio el diablo. Y el que se atreviere a proceder de otro modo, sea sometido a sanción de la Regla* (Regla 54).

LOS VOTOS MONÁSTICOS

Los votos benedictinos incluyen el equivalente a cinco votos. Además de los tres tradicionales de pobreza, castidad y obediencia, también tienen el voto de estabilidad en el mismo monasterio y el voto de *conversio morum* (*conversatio morum suorum*) o conversión de las costumbres. En virtud de este voto, el monje queda obligado a la labor continua de la reforma de sus costumbres de acuerdo con la perfección evangélica, rechazando lo que es mundano y conformando sus acciones con la Regla del Padre san Benito.

El voto de estabilidad fue la mayor contribución de san Benito al desarrollo de la vida monástica. Antes, cualquiera podía cambiar de monasterio. Según san Benito, nadie puede cambiarse, porque forman una sola familia y todos deben estar unidos de por vida bajo la autoridad del abad, que debe ser el padre, maestro, médico y pastor de la comunidad. Esta idea de que los monjes forman una familia y los lazos duran de por vida es lo que caracterizó a los benedictinos de otras Órdenes posteriores. Por supuesto que san Benito nunca soñó formar una Orden o algo parecido, simplemente quiso legislar para un monasterio y para otros monasterios que pudieran surgir bajo su Regla, pero todos como familias independientes sin ninguna vinculación legal.

De acuerdo al texto más antiguo de la Regla que se conserva, registrado en el comentario de Pablo Warnefrido hacia el año 775, se decía: *Promitto de stabilitate mea et conversione morum meorum saecularium et obedientia coram Deo et sanctis ejus* (prometo mi estabilidad y conversión de mis costumbres seculares y la obediencia delante de Dios y de sus santos).

Ahora bien, el voto de estabilidad no es un voto absoluto como puede ser el voto de castidad, que hay que guardarlo siempre y en todas partes sin excepción. Los Papas han dispuesto obligaciones en ocasiones para que los

monjes vayan a evangelizar, sean misioneros y asuman trabajos pastorales fuera del monasterio. En este caso, el voto de obediencia prevalece sobre el de estabilidad. Incluso, según la bula papal *Summi Magistri* del año 1336, se obligó a los monjes a ir a las universidades a estudiar. En una palabra, de acuerdo al voto de obediencia, la autoridad legítima tiene poder de anular el voto de estabilidad en casos particulares o para personas concretas. Y la Santa Sede ha dispensado de este voto por motivos apremiantes para prestar un servicio especial al monasterio o a la Iglesia católica universal, como fue el caso de san Agustín de Cantorbery, enviado con otros monjes a predicar a Inglaterra, o el de San Bonifacio a Alemania.

¡Qué poco imaginó san Benito que sus monjes iban a ser apóstoles, misioneros, civilizadores, maestros! ¡Cuán sorprendido se hubiera quedado ante la figura de un abad mitrado de la Edad Media que era más un señor feudal, ejerciendo las funciones de un poderoso terrateniente y de hombre de Estado!

Cuando san Benito escribe la Regla, quiere que la vida monacal se viva en comunidad, lejos del ruido de las ciudades, centrando la vida en la alabanza a Dios con el Oficio divino, y aceptando el trabajo diario por la necesidad de los tiempos en que vivían, pero no quiere una vida de penitencia ni de gran austeridad. En todas las normas de la Regla se palpa su sentido de prudencia, de moderación y de comprensión con los más débiles; incluso en el pequeño detalle de que puedan tomar vino. Dice el respecto: *Aunque leamos que el vino es totalmente impropio de monjes, mas como en la actualidad no se les puede convencer de ello, convengamos al menos en esto: no beber hasta la saciedad, sino con moderación* (Regla, 40, 6-7).

El voto de obediencia a la Regla es el quicio de la vida monacal según san Benito. En él están incluidos los votos de pobreza y castidad.

En el capítulo 33 se dice que el monje no debe *poseer nada en propiedad, absolutamente nada, puesto que ni siquiera les está permitido disponer libremente ni de su propio cuerpo, ni de su propia voluntad*. Aquí se habla de no disponer libremente ni de su cuerpo ni de su voluntad y en el capítulo 4 se aclara que *no hay que poner por obra los deseos de la carne* (Regla 4, 59).

En cuanto a la pobreza, san Benito daba por sentado que los monasterios deberían poseer bienes para sus necesidades, lo importante era que sus monjes vivieran frugalmente, sin lujos. De modo que los monjes pudieran seguir viviendo como pobres, aunque el monasterio como tal tuviera muchos bienes con los cuales pudieran atender a los pobres, enfermos y necesitados y construir otros monasterios y hacer otras obras para beneficio de la sociedad o de la Iglesia.

De hecho con el correr de los siglos, los grandes monasterios benedictinos fueron enriquecidos con grandes territorios por los reyes o grandes del reino. En la práctica eran terratenientes y recibían impuestos de muchas villas que estaban bajo su dominio. Así pudieron construir grandes y espléndidas iglesias y proveerlas con lo mejor en objetos de culto, pues consideraban que para Dios debía ser todo lo mejor. También construyeron grandes monasterios dotados de mucha luz y espacio para las diferentes necesidades de una gran comunidad, empezando por una gran y hermosa biblioteca en la que había manuscritos y pinturas y obras de arte de mucho valor, que se fueron acumulando con los siglos hasta que algún rico ambicioso o los saqueos de las guerras o leyes anticlericales se los quitaron.

La Regla termina diciendo que es un principio para vivir la vida monástica o un mínimo imprescindible: *Hemos esbozado esta Regla para que, observándola en los monasterios, demos pruebas, al menos, de alguna honestidad de costumbres o de un principio de vida monástica... Tú, quienquiera que seas, cumple con la ayuda de Cristo esta mínima Regla de iniciación que hemos bosquejado y así llegarás finalmente a las cumbres más altas de doctrina y virtudes que acabamos de recordar. Amén* (Regla 73, 1.8-9).

APOSTOLADO

La idea de san Benito de estabilidad y del gobierno absoluto del abad cambió mucho con el tiempo. El año 581 los lombardos saquearon y destruyeron el monasterio de Montecasino y la comunidad huyó a Roma, donde debieron instalarse en la ciudad, lejos del campo, cerca de la basílica Lateranense. Este cambio afectó mucho a la comunidad y, en vez de dedicar tiempo al trabajo del campo, debieron dedicarlo a otros trabajos sedentarios y empezaron muchos monjes a recibir las órdenes sagradas y ser sacerdotes. A algunos de ellos el Papa san Gregorio Magno los escogió para obispos de importantes diócesis. El mismo Papa envió el año 596 a Agustín, Prior del monasterio de san Andrés de Monte Celio, en Roma, a la cabeza de un grupo de monjes a Inglaterra.

San Wilibrordo con doce compañeros predicó en Holanda y el año 692 fue nombrado obispo de Utrecht. El benedictino inglés Winfrido, conocido como san Bonifacio, fue el gran apóstol de Alemania. Comenzó la evangelización en el año 719 y continuó hasta su martirio en 755. San Anscario predicó en Dinamarca entre el 826 y 828. En el año 830 llegó a Suecia y fue nombrado obispo de Hamburgo. Se le conoce como el apóstol de Suiza.

Boso, famoso benedictino bávaro, predicó a los vándalos en las regiones bálticas, en la desembocadura del río Oder. Predicó entre 936 y 970 y se le ha

llamado el apóstol de los vándalos. Adalberto, obispo de Praga, predicó entre los bohemios y sufrió el martirio el año 997. Se le ha llamado el apóstol de los prusianos.

Hacia el año 1000 se impuso la norma de que los monjes fueran ordenados y así las comunidades quedaron constituidas con mayoría de sacerdotes. El hecho de que hubiera muchos sacerdotes en la comunidad, determinó que se tuvieran siervos para el huerto, la cocina y otros trabajos domésticos. Por otra parte, en los siglos X, XI y XII, debido a la influencia de Cluny, el ceremonial de la liturgia se enriqueció para darle mayor esplendor. La bula *Summi Magistri* de 1336 insistió en que todos los jóvenes monjes debían tener estudios eclesiásticos superiores e impuso la ley de que, de cada 20 monjes de una comunidad, uno, al menos, debía acudir a la universidad a estudiar Escritura, Teología o Derecho canónico.

EL ABAD EN LA HISTORIA

La figura del abad cambió de perspectiva con el transcurso de los siglos. Muchos abades procedían de familias nobles, tenían cultura elevada y fueron personas de confianza de reyes y Papas. Por ello, tuvieron que asumir con frecuencia papeles de legados pontificios, embajadores imperiales o estar presentes en los grandes acontecimientos de la política eclesiástica y secular. Esto ocurrió especialmente en el monasterio de Cluny que durante 250 años tuvieron siete eminentes abades de grandes cualidades y el monasterio de Cluny era muy poderoso eclesiásticamente y políticamente.

Esto significaba que los abades debían estar mucho tiempo fuera del monasterio y ya no participaban de la vida de la comunidad que era dirigida por el Prior o preboste. Sin embargo, varios concilios limitaron el poder de los abades.

El canon 19 del concilio de Orleáns, establece el año 511 que los monjes deben estar sujetos a su abad, pero el abad debe estarlo al obispo de la diócesis. Esto dio motivo a abusos de algunos obispos que quisieron entrometerse más de la cuenta. Por eso, hubo otros concilios posteriores, prohibiendo a los obispos inmiscuirse en asuntos económicos, sino sólo en los de orden puramente espiritual. Así lo determinaron el concilio de Sevilla del año 619 o el cuarto concilio de Toledo del año 633.

En el concilio de Letrán del año 1215 se estableció que cada tres años hubiera visitadores benedictinos en nombre de la Santa Sede, además de las visitas de los obispos diocesanos.

Desde principios del siglo XX el Código de derecho canónico impone algunos límites al poder del abad, ya que no puede hacer ciertas cosas sin el consenso de la comunidad. No puede endeudar al monasterio o hacer transacciones o ciertas cosas sin el consentimiento del consejo de los decanos y del capítulo conventual. Ya no tienen una autoridad casi omnímoda, como lo había establecido san Benito. Para él el abad era la última palabra y su decisión era siempre la que valía, aun después de consultar a la comunidad.

Dice san Benito: *Sepa que ha tomado sobre sí la responsabilidad de dirigir almas. Y tenga por cierto que en el día del juicio deberá dar cuenta al Señor, de todos y cada uno de los hermanos que ha tenido bajo su cuidado* (Regla 2). *Cuando deban tratarse asuntos de importancia, el abad convocará a toda la comunidad y expondrá él personalmente de qué se trata. Una vez oído el consejo de los hermanos, reflexione a solas y haga lo que juzgue más conveniente* (Regla 3). Al final, él era el único responsable de sus acciones según la Regla, lo cual con el paso del tiempo, fue recortado por las normas conciliares y las visitas de los obispos o visitadores pontificios.

Otra parte importante del cargo del abad era su carácter vitalicio. El sistema de elecciones temporales para los Superiores como está en otras Órdenes, ha sido desconocido por los benedictinos, ya que el abad es el padre de la familia monástica y, si se quitara la perpetuidad del cargo, se quitaría también esa característica de padre permanente de la comunidad. Lo que sí se acepta es la dimisión de los abades por motivos de edad o de enfermedad. Y, a pesar de que en algunos lugares han manifestado el deseo de elecciones temporales, todavía se conserva el carácter vitalicio del abad. Ahora bien, en caso de que un abad no cumpla bien sus obligaciones y sea una amenaza para la buena marcha de la comunidad, se puede acudir a Roma. También los visitadores episcopales y pontificios pueden dar un informe negativo en vista a que la Santa Sede tome cartas en el asunto y pueda destituir al abad para bien de todos.

MONTECASINO

El monasterio de Montecasino, fue considerado, después de la muerte de san Benito, el primero de todos los que fueron asociados a su nombre. Y, desde entonces, ha sido el centro de la vida y del espíritu benedictinos desde donde fluyeron sobre Europa corrientes inagotables de fe, de civilización y de cultura. Su abad era llamado abad de abades o archiabad.

Probablemente Montecasino fue fundado el año 525 y allí pasó san Benito los últimos años de su vida, unos 25 años. Allí se dedicó al trabajo del campo, allí pasó muchas horas del día y de la noche en adoración y alabanza a Dios

Nuestro Señor. Allí estuvo ocupado en las tareas de gobernar y dirigir a sus monjes, predicando a los campesinos para convertirlos a la fe católica, aliviando sus sufrimientos y el hambre, y consolándolos en tiempos de epidemias. Allí acudían muchos pobres y gente necesitada a pedir ayuda de toda clase. También desde allí pudo contemplar más de una vez el paso de los ejércitos que iban sembrando destrucción y desolación en sus marchas y contramarchas por aquellas tierras. Hasta allí llegó el año 542 el rey de los godos Totila para conversar con él, quien aceptó sus recomendaciones y reproches para ser menos cruel. Y desde allí envió a sus monjes a fundar otros monasterios, comenzando así una andadura por los caminos de Europa para llevar la cultura y la civilización y la fe a todos los pueblos del continente.

La tarea no fue fácil. Los lombardos destruyeron Montecasino el año 581 y sus monjes se dispersaron. Los monasterios de Subiaco y Terracina desaparecieron y no se sabe nada de ellos. En el año 717 Montecasino fue restaurado y destruido de nuevo por los sarracenos en 884. Sacudido y deteriorado por un terremoto en 1349, desvalijado por las tropas francesas en 1799; arrasado por las bombas de los aliados en la segunda guerra mundial en 1944, pero siempre vivo, porque los monjes siempre han vuelto y lo han reconstruido, afrontando la adversidad.

LA RESTAURACIÓN

En el año 717 por deseo del Papa Gregorio II fue restaurado el monasterio de Montecasino por Petronax de Brescia, que no era benedictino, pero que quiso revitalizar el monasterio y vivir según la Regla de san Benito y el espíritu benedictino, para lo cual no le faltaron monjes benedictinos que le pudieron aconsejar y orientar en la empresa. Al poco tiempo, se reunieron a su lado muchos postulantes y el monasterio comenzó a resurgir con fuerza junto a los sepulcros de san Benito y santa Escolástica. El monasterio fue enriquecido con la espléndida donación del lombardo Guisulfo II, duque de Benevento. Esta donación constituyó el núcleo principal de la llamada *Terra sancti Benedicti*, es decir, el patrimonio territorial del santo de 800 kilómetros cuadrados. Petronax murió el año 750, pero ya el monasterio estaba bien encaminado y con ingresos asegurados para sus monjes. El año 787 el emperador Carlomagno visitó la santa montaña de Montecasino y la colmó de privilegios y donaciones.

Carlomagno, emperador de los francos, fue la figura más prestigiosa de la Edad Media; declarado por el Papa León III en la Navidad del año 800 como sucesor del gran imperio romano germánico, con el título de emperador de Occidente.

Fue un gran organizador y guerrero, defensor de la fe católica. Procuró que en todo su imperio se celebrara la misa según el rito romano. Pidió a todos los monasterios que establecieran escuelas para externos seculares. El año 802 encargó al sínodo del Imperio, celebrado en Aquisgrán, que todos los Superiores de monasterios, aceptaran la Regla de san Benito. El año 813, los sínodos de Arlés, Reims, Maguncia, Chalon y Tours volvieron a reiterar lo mismo. Carlomagno al visitar Montecasino el año 787, les pidió una copia auténtica de la Regla para imponerla en el Imperio.

El año 817, san Benito de Aniano, en coordinación con el rey Ludovico Pío, insistió en este punto, de lo que resultó que la mayoría de los monasterios de Francia y de Europa occidental aceptaron la Regla de san Benito y prácticamente quedaron convertidos en monasterios de monjes benedictinos.

El monasterio de Bobbio se hizo famoso en Italia. Allí murió san Columbano después de una vida gloriosa de evangelización entre los lombardos y de vencer en muchas disputas a los arrianos. Este monasterio era muy próspero económicamente. Su *Scriptorium* era el más activo de su época y tenía una biblioteca de las más ricas y completas del mundo. Precisamente, este monasterio se especializó en copiar obras de la antigüedad clásica, transmitiendo a la posteridad la cultura greco-romana.

Y así como había monasterios benedictinos muy ricos, los había también de monjas, en los que las abadesas parecían señoras feudales con muchos privilegios otorgados por los reyes. Incluso algunos tenían Corte de justicia. Por eso, el concilio de Aquisgrán del año 789 sintió la necesidad de recortarles algunos derechos, prohibiéndoles bendecir a los hombres, imponer el velo a las vírgenes y otras cosas reservadas exclusivamente a los sacerdotes. Pero lo que causó no pocos malestares fue que, tanto en monasterios masculinos como femeninos, algunos reyes o grandes señores, que concedían tierras y privilegios, concedían el título de abad o abadesa a sus familiares próximos, que eran, no tanto abades por devoción, sino por el poder que poseían. A pesar de todo, hubo siempre grandes santos y sabios.

CLUNY

La abadía de Cluny estuvo en su apogeo en los siglos X y XI, especialmente entre los años 910-1157. Cluny llegó a tener 1.200 monasterios grandes y pequeños dependientes. Su importancia política y religiosa antes de mediados del siglo XII fue extraordinaria. Fue la abadía más célebre de la cristiandad medieval. Creó un imperio espiritual y temporal único en su época.

El abad de Cluny llegó a ser, después del Papa, el hombre de Iglesia más importante de Europa occidental. La reforma de Cluny fue aceptada, no sólo en Francia, sino en los Países Bajos, en España, Italia...

Un gran monje de esta época, aunque no de Cluny, fue san Anselmo de Canterbury (1003-1109). Este gran maestro de la vida monacal, nació en Italia de noble linaje. A los 22 años huyó de su casa y durante tres años llevó una vida disipada y bohemia. Pasó un tiempo en Francia y estudió en la escuela de Avranches. Quiso conocer al maestro Lanfranco de Pavía, que enseñaba en el monasterio de Bec, y quedó entusiasmado, deseando consagrarse enteramente a Dios. Entró en el convento de Bec, donde estaba Lanfranco. Tomó el hábito benedictino a los 27 años. El año 1078, al morir el abad Herluino, lo nombraron por unanimidad a Anselmo como abad. Se hizo amar por todos como un padre y soportaba con gran caridad los defectos de sus hijos.

Como abad, dio un gran empuje al monasterio, convirtiéndolo en el principal punto de reforma eclesiástica de Francia e Inglaterra. Al morir su maestro Lanfranco, que había sido arzobispo de Canterbury en Inglaterra, lo eligieron a él para esa sede. Anselmo recibió la ordenación episcopal el 6 de diciembre de 1093. Por su fidelidad a la Iglesia, tuvo que soportar dos destierros de tres años cada uno.

Como escritor, escribió libros hermosos, como *Monologium* y *Proslogion*, que son dos estudios teológicos. También escribió *De veritate*, *De libertate arbitrii*, *De casu diaboli*, la *Epístola de Incarnatione Verbi*; *Cur Deus homo* y otros como *Orationes sive Meditationes*. San Anselmo fue un gran místico y un gran maestro.

Siguiendo con Cluny diremos que Urbano II, monje cluniacense, llamó a Cluny luz del mundo. Todos los abades dependientes eran elegidos por el abad de Cluny. Joachim Wollasch pudo identificar en el siglo XI a 9.000 monjes y obispos cluniacenses. Algunos hablan de la Orden de Cluny, ya que era una corporación religiosa compacta a las órdenes del abad de Cluny.

Todo comenzó el año 909 cuando Guillermo, duque de Aquitania y conde de Auvernia, donó al abad Bernón un terreno en una villa llamada *Cluniacum* en latín o Cluny en francés. En la carta de donación se especificaba que el monasterio lo habitarían monjes, siguiendo la Regla de san Benito. Los cuatro abades grandes que le dieron fama, fueron: Odón, Máyolo, Odilón y Hugo. Los cuatro santos y entre los cuatro sumaron 176 años de gobierno. El éxito se debió sin duda alguna a la serie de santos eminentes que los gobernaron y que gozaron de las simpatías de reyes, nobles y del pueblo en general.

Cuando san Hugo tomó el báculo abacial había 300 monjes en Cluny centro; y unos 1.200 monasterios dependientes de él. Al terminar su mandato, vino la decadencia, porque las riquezas llevaron a la relajación de costumbres y apearse a las costumbres del mundo. Al no haber ya un abad santo para motivar las cosas del espíritu, fue decayendo poco a poco, aunque Cluny no cayó del todo hasta la Revolución francesa. Con las riquezas de Cluny, sus abades construyeron grandes y hermosas iglesias. Los cluniacenses fundaron su economía en el cultivo de cereales y de la viña. Gracias a la utilización de caballos y de arados de vertedera y de un sistema de rotación sistemática de cultivos, en combinación con mejores técnicas de fertilizantes, la misma tierra pudo producir más; y en tiempos de sequía o de hambre los monjes de Cluny fueron los salvadores con su ayuda alimentaria para los pobres, pues tenían graneros y sabían cómo conservar alimentos.

El abad san Odilón, según refieren los libros de historia del monasterio, en tiempo de hambre, no disponiendo de dinero en efectivo, hizo romper muchos vasos sagrados, quitar de la iglesia los ornamentos preciosos... y ni siquiera perdonó la corona que el emperador Enrique le había enviado como recuerdo. Y todo lo que pudo *arañar aquí y allí* lo transformó en alimentos para los pobres. El último gran abad, san Hugo, igualmente se mostraba espléndido con una ingente muchedumbre de pobres que acudían al monasterio a recibir ayuda. Y el monasterio tuvo la costumbre de gastar el 10%, es decir, el diezmo, para ayuda a los pobres.

Pero quede claro que su riqueza, no sólo provenía de las donaciones de los reyes o de los nobles, sino también era fruto del trabajo de los monjes, de su buena administración y de que sus terrenos producían mucho más que los de los campesinos por las técnicas empleadas.

LA GRAN OBRA CIVILIZADORA

El cardenal Newman escribe: *San Benito halló el mundo en ruinas, física y socialmente, y su misión fue restaurarlo, no según los métodos científicos, sino naturales; no como si se aplicara a realizarlo, no proclamando que lo iba a llevar a término en un tiempo determinado o utilizando algún proceder específico, o a impulsos, sino sosegadamente, con paciencia, paso a paso, de tal manera que, a menudo, nadie se percató, hasta que la obra fue llevada a término, de lo que, efectivamente, estaba gestándose. Fue una restauración más que una rectificación o una conversión. El nuevo mundo, en cuya creación estaba colaborando, fue más un crecimiento que una construcción. Hombres silenciosos fueron observados, diseminados por los campos; se los vio en el bosque, abriendo surcos, roturando terrenos, construyendo; otros, sin que nadie los*

viera, sentados en los claustros helados, los ojos cansados en una tensa atención, mientras descifraban penosamente; copiaban una y otra vez manuscritos que de esa manera se vieron salvados. Nadie “protestaba o levantaba la voz”, ni trataban de atraer la atención sobre lo que estaban haciendo; sino que poco a poco, el bosque pantanoso se convertía en una ermita, en una casa religiosa, en una granja, en una abadía, en una población, en un seminario, en una escuela del saber y en una ciudad. Rutas y puentes la ponían en contacto con otras abadías y ciudades que habían tenido un crecimiento parejo; y lo que el feroz Alarico o el cruel Atila habían dejado en ruinas, estos hombres entregados a la meditación, volvieron a levantarlo, pacientemente, y le devolvieron la vida³¹.

El volumen IV de la edición de Giraldo de Cambridge, en los “Rolls series” (1873) del profesor J. S. Brewer dice en el prefacio: Si los hombres saben hoy explotar una granja, realizar drenajes, cultivar la tierra técnicamente; si saben levantar colegios, mantener en buen estado amplias mansiones; si han aprendido a valorar la economía, la puntualidad y a ser diligentes; más aún, si se cumplen las obligaciones cotidianas de la vida social, las leyes no escritas del respeto natural, de la buena educación y de la cortesía, todo esto ha tenido su origen en los monasterios; efectivamente, su disciplina abarcaba desde los más encumbrados deberes hasta los más humildes trabajos, como si estuvieran unidos por un lazo indisoluble. Era una disciplina que no permitía que se alegara el fervor de la devoción como excusa para ser negligente o desordenado; ni se permitía que se pretextase la urgencia del trabajo como excusa para la falta de puntualidad; ni que el genio o el saber hacer o el rango pudieran eximir del tributo de respeto, de la consideración y de la amabilidad para con los demás.

Lo sobrante de sus comidas frugales era recogido cuidadosamente para distribuirlo entre los pobres, la ropa era lavada, remendada y guardada; los utensilios de la cocina, la ropa, los picos y demás herramientas de labranza eran guardados en perfecto orden y en condiciones idóneas para ser usados; era como si el progreso espiritual dependiera exclusivamente de estas cosas. Hoy en día sabemos reconocer el valor de tales usos. El despilfarro, la suciedad, la irregularidad son hoy tan enemigos de la virtud como lo fueron entonces, y no menos perniciosos. Pero esta enseñanza, que nos resulta familiar hoy en día, no dejaba de ser una novedad para nuestros antepasados; y causaba impresión a aquellos hombres habituados al despilfarro y al desorden, estos inveterados males de la vida salvaje y no civilizada.

³¹ Misión of S. Benedict, &9; Nueva edición, p. 67.

La Corte, el gran señor y el terrateniente, las universidades, los habitantes de la ciudad, el comerciante con su grueso libro de transacciones, el granjero, el arquitecto, el artista, el músico y el escritor, están en deuda con los monjes en proporción a la enorme diferencia en los esfuerzos rudos y sin experiencia del bárbaro y las facultades disciplinadas y perfeccionadas de la energía, del gusto y de la imaginación del genio cultivado. Todas las formas de trabajo manual, bien no en una medida tan elevada, también están en deuda con la vida monástica. El cantero, el joyero; el artesano del cobre o del hierro, el tallador en madera, el carpintero, el vidriero, el tejedor y bordador, el panadero, e incluso el que construye setos y abre las zanjas, el hortelano, todos aprendieron su oficio de estas comunidades de hombres formados e instruidos, que turnándose, igual tomaban la paleta que la carretilla de estiércol, y lo mismo eran expertos y hábiles en la cocina, en la cervecería y en la panadería como lo eran en adornar los manuscritos, en la música coral, en emplomar vidrios, o en la construcción de un campanil.

¡Cómo no hablar de una aristocracia del trabajo! Pues bien, esta sola idea era tan inconcebible para el mundo antiguo como lo pudiera ser para nosotros, de no ser por los discípulos de san Benito. Si los monjes festejaban los días de fiesta o un aniversario, también sabían hacerlo los pobres. Si se servían dobles platos y raciones, también los pobres participaban de este lujo... De no ser por los monasterios, la vida en el campo no habría proporcionado a los hombres, especialmente a la mano de obra, otra cosa que no fuera la triste repetición rutinaria de ocupaciones serviles, días de ayuno sin aliciente, trabajo sin alegría o sin días de asueto (Ib. pp. XXXIII-XXXVI).

El famoso historiador francés Montalembert escribió: *Es imposible olvidar cómo supieron hacer uso de amplias regiones no cultivadas, deshabitadas, boscosas y rodeadas de pantanos*³².

*Los monjes fueron pioneros en la producción del vino, que usaban tanto para la misa como para el consumo ordinario, expresamente permitido por la Regla de san Benito. El descubrimiento del champán fue asimismo obra de Don Perignon, monje de la abadía de San Pedro en Hautvilliers-del-Marne. Descubrió el champán experimentando con distintas mezclas de vinos. La fabricación de este espumoso sigue en la actualidad fiel a los principios fundamentales que él estableció*³³.

³² Charles Montalembert, *The monks of the west: from saint Benedict to saint Bernard*, vol 5, Nimmo, Londres, 1896, p. 208.

³³ John O'Connor, *Monasticism and civilization*, Kenedy & sons, Nueva York, 1921, pp. 35-36.

También hicieron muchas obras benéficas, no sólo dando limosnas a los pobres, sino atendiendo a los enfermos en hospitales u hospicios, pues en toda abadía había una buena botica con medicamentos para los enfermos, contribuyendo así al desarrollo de la medicina de su tiempo. En las bibliotecas de los monasterios había siempre una sección para obras de medicina y farmacia. Así lo exigían las enfermerías del monasterio y los hospicios para peregrinos, pobres, ancianos y enfermos seglares. En el monasterio de Sankt Gallen había un jardín con plantas medicinales; y esto, en alguna medida, también existía en otros conventos. En este monasterio de Sankt Gallen había, en el año 895, 101 monjes. La biblioteca tenía más de 500 manuscritos y había entre sus monjes tres grandes sabios, cuyo nombre ha pasado a la posteridad: Ratperto, Tuotilo y Notkero.

En cuanto a la educación, tenían escuelas para seglares, transcribían manuscritos antiguos, conservando así la cultura latina y las obras de los autores clásicos de la antigüedad así como los escritos de los Santos Padres y otros autores eclesiásticos. Desarrollaron las artes de la arquitectura, de la escultura, de la pintura y de trabajos en vidrio e iluminación, sin descontar la tarea evangelizadora en las zonas cercanas a sus monasterios.

En el año 787 Carlomagno ordenó que en los monasterios y catedrales se establecieran escuelas para externos y muchos monasterios y catedrales cumplieron con la ordenanza del emperador. De estas escuelas monacales o catedralicias saldrían las primeras universidades europeas.

La tradición de la cultura clásica y los escritos de los autores clásicos se conservaron sólo por la Iglesia y particularmente por los monjes. Ya en el siglo VI tenemos a Casiodoro (496-575), un destacado ejemplo de cómo la antigua tradición del saber se refugió en el monasterio; y las escuelas, bibliotecas, y “scriptoria” monásticos se convirtieron en los órganos principales de la alta cultura intelectual de Europa occidental³⁴.

Hubo también monjes consumados relojeros. El primer reloj del que tenemos noticia fue construido por el futuro Papa Silvestre II para la ciudad alemana de Magdeburgo en torno a 996. Otros perfeccionaron el arte de la relojería en fecha posterior. Peter Lightfoot, un monje de Glastonbury, construyó en el siglo XIV uno de los relojes más antiguos que se conservan en la actualidad, en el Museo de la Ciencia de Londres. Ricardo de Wallingford, abad de la abadía benedictina de saint Albans, fue uno de los precursores de la trigonometría occidental y es famoso por el gran reloj astronómico que diseñó en

³⁴ Dawson Christopher, *La religión y el origen de la cultura occidental*, Ed. Encuentro, Madrid, 1995, p. 42.

el siglo XIV para su monasterio. Se dice que hasta dos siglos más tarde no apareció un reloj que pudiera superarlo en sofisticación tecnológica.

Los monjes, hablando en general, eran los más cultos de su tiempo. Sin ellos, el progreso de Europa se habría retrasado varios siglos. Los monjes fueron los que conservaron la cultura, a pesar de las constantes invasiones bárbaras de los siglos IV y V. Ellos supieron levantarse de las cenizas y reconstruir los monasterios. El renacimiento carolingio se realizó en las grandes abadías; cada una de las cuales mantuvo la tradición establecida por la escuela palatina de Carlomagno y las enseñanzas del gran monje Alcuino. Y, después de la caída del Imperio carolingio, los grandes monasterios, especialmente los de Germania meridional, San Gall, Reichenau y Tegernsee, se conservaron como islas de vida intelectual en medio de la nueva ola de barbarie que, una vez más, amenazaba sumergir la Cristiandad occidental. *De cien monasterios, noventa y nueve podían ser quemados y sus monjes muertos o expulsados y, sin embargo, toda la tradición podía reconstituirse por obra del único sobreviviente; y los lugares asolados podían repoblarse por la llegada de nuevos monjes que habrían de retomar la tradición rota, siguiendo la misma Regla, cantando la misma liturgia, leyendo los mismos libros y pensando en la misma forma que sus predecesores. Así el monacato y la cultura monástica volvieron a Inglaterra y Normandía, después de un siglo de total destrucción; con el resultado de que cien años más tarde, los monasterios normandos e ingleses figuraban nuevamente entre los conductores de la cultura occidental*³⁵.

En los siglos IX y X, el Occidente de Europa sería víctima de nuevas oleadas de ataques devastadores por parte de los vikingos, magiares y musulmanes. Pero la infatigable determinación de los obispos, monjes y sacerdotes en general, salvó a Europa de una segunda caída.

La Iglesia, a través de los eclesiásticos más eminentes, desarrolló el sistema universitario, por primera vez en el mundo, porque la Iglesia era la única Institución en Europa que mostraba interés riguroso por la conservación y el cultivo del conocimiento. Por eso, ha dicho con acierto Thomas Woods: Ninguna otra institución hizo más por difundir el conocimiento dentro y fuera de las universidades que la Iglesia católica³⁶.

El período de la historia europea que transcurre entre la muerte de san Benito (547) y la de san Bernardo (1156) es conocido como la era monástica o siglos benedictinos. En estos seis siglos los monjes de todas clases constituyeron

³⁵ Dawson Christopher, o.c., p. 63.

³⁶ Woods Thomas, *Cómo la Iglesia católica construyó la civilización occidental*, Ed. Ciudadela libros, Madrid, 2007, p. 78.

un rasgo específico de la sociedad europea e influyeron en ella a todos los niveles: espiritual, intelectual, litúrgico, artístico, administrativo y económico. Los monjes tuvieron prácticamente el monopolio del estudio y de la doctrina espiritual. Su influencia en la Iglesia fue mucho más grande que la del clero secular. Y en este período la Regla de san Benito fue la que dominó en la mayoría de los monasterios europeos. Por ello, con razón, se ha llamado a san Benito, padre de Europa y patrono de todos los monjes.

LOS CISTERCIENSES ³⁷

Los cistercienses aparecieron al terminar el siglo XI como un movimiento de reforma de los monasterios benedictinos que ya no vivían la Regla en plenitud. Ellos quisieron vivir la Regla en toda su pureza y llevar una vida de orden, disciplina, oración y trabajo tal como la implantó san Benito. Querían ser *auténticos benedictinos*.

La Orden cisterciense comenzó cuando Roberto, abad benedictino de Molesmes en Francia, hacia 1097-1098, abandonó su monasterio con veinte monjes para fundar su monasterio en Cîteaux, en un desierto llamado Cistercium.

Cistercium o *Cistellum* en latín, Cistel en francés medieval, Cîteaux en francés moderno o Císter en castellano, era un lugar con muchos bosques y era intransitable para el hombre, habitado únicamente por fieras. Pertenecía al vizconde Renardo o Reinaldo de Beaune, quien se lo cedió a los monjes sin mayor dificultad, dado que agrícolamente valía poco. Según reza la carta de donación *para remisión de sus pecados y alivio del alma de sus antepasados*. El terreno donado no era grande, solamente *para la construcción del monasterio y sus dependencias, así como también para la subsistencia de los religiosos que habitarán en él*. Como era un lugar marginal en el seno de un bosque, era un lugar ideal para la contemplación y la oración. Era lo que querían: un monasterio pobre y apartado para vivir la Regla benedictina en toda su pureza.

Los principios de la fundación fueron muy duros para los monjes. Desde su llegada comenzaron a desbrozar y roturar el terreno y construir el monasterio provisional de madera. Plantaron frutales e hicieron huertos. Pero al principio, en ocasiones, pasaban verdaderos apuros para comer. El arzobispo Hugo de Die

³⁷ Hay dos Órdenes del Císter. Una llamada Orden del Cister (O. Cist), y otra, Orden del Císter de la estrecha observancia (OCSO), conocida más como trapense. A todos los cistercienses suelen llamarlos también como monjes blancos por su hábito blanco en contraposición a los benedictinos en general, que llevan hábito negro y son llamados monjes negros. También están los monjes azules o silvestrinos, fundados por san Silvestre (+1267) por su hábito azul. Otros monjes reformados benedictinos son los camaldulenses de san Romualdo (+1027) o los Olivetanos...

tuvo que ayudarlos y pidió al duque de Borgoña que les ayudara, lo que hizo complacido para poder terminar a sus expensas el monasterio de madera, que habían comenzado. También los proveyó de alimentos y les dio tierras y ganados

La fundación oficial tuvo lugar el 21 de marzo de 1098, fiesta de san Benito, que aquel año coincidió con el domingo de Ramos. Quizás esa misma fecha, el obispo de la diócesis, le entregó al abad Roberto el báculo pastoral para ser oficialmente el abad constituido.

El año siguiente, 1099, en verano, el arzobispo Hugo de Die recibió una carta del Papa Urbano II donde, sin ordenarlo expresamente, le comenta que algunos monjes del primer monasterio de Molesmes, pedían a su antiguo abad Roberto para que fuera a poner orden. Así tuvo que abandonar su nueva fundación y regresar a su abadía de Molesme por orden de su arzobispo Hugo de Die.

Al regresar a Molesme el abad Roberto, varios de sus monjes también regresaron con él y sólo quedaron en Cîteaux, ocho, decididos a continuar en la brecha, reconociendo como abad a Alberico, que había sido su prior en Molesmes. Alberico era el hombre providencial, enérgico, intrépido y perseverante, salvó la fundación y mantuvo su espíritu de vida austera, siguiendo la Regla de san Benito.

Además de trabajar en el campo, organizaron un *Scriptorium* para copiar los libros que necesitaban: libros para el Oficio divino, el breviario, libros para la *lectio divina*, la Sagrada Escritura. Parecía un trabajo inmenso que nunca terminaría, pero con tesón y perseverancia todo se fue consiguiendo. Por otra parte, tuvieron detractores y tuvieron que enviar dos monjes a Roma para pedir al Papa Pascual II que los recibiera bajo su protección apostólica para evitar presiones e injerencias de eclesiásticos y seculares. Los dos monjes enviados a Roma regresaron con un documento precioso, llamado *privilegio romano*, aceptando que la abadía permanecía perpetuamente bajo la tutela de la Sede apostólica. Este importantísimo documento para el futuro de la Orden del Císter, fue fechado el 19 de octubre del 1100.

Alberico comenzó por construir el monasterio definitivo a un kilómetro de distancia del primitivo, porque allí había escaseado el agua. Alberico construyó un nuevo y espacioso monasterio de piedra y murió el 1109.

Le sucedió el inglés Esteban Harding, a quien el Papa Inocencio II llamó *hombre sabio, discreto y pacífico*. El nuevo abad recibió muchas donaciones de terrenos y en esa hacienda surgieron las primeras granjas cistercienses, que se hicieron famosas en Europa por su sabia organización. Esteban era un bibliófilo e

hizo que en el convento se copiaran famosos manuscritos. El más importante fue el de la Biblia, que ya había sido comenzada por el abad anterior y que fue una obra realmente espléndida. Se llamó la Biblia de san Esteban por referencia a él.

Pero el abad más famoso y considerado el gran fundador del Císter fue san Bernardo de Claraval. Se llamaba Bernardo de Fontaines. Había nacido en Fontaines en 1090 y llegó al Císter en compañía de unos 30 clérigos y caballeros. Tenía una personalidad viva y vigorosa; con una preparación esmerada, ya que había estudiado con los canónigos de Saint-Vorles desde 1098 a 1108. Dominaba la lengua latina magistralmente. Algunos dicen que fue un superdotado intelectualmente; hoy diríamos un niño prodigio, aunque tímido. Entró al Císter el año 1113. Al cabo de un año, profesó. Al principio hizo mucha penitencia, que malogró su salud, lo que lamentará toda la vida.

En 1114, como la comunidad del Císter era numerosa, el abad Esteban fundó en Pontigny. En 1115 se fundaron los conventos de Clairvaux (Claraval) y Morimond. A Claraval envió el abad Esteban a san Bernardo, pese a tener solo 25 años y poca salud. En 1123 ya eran 20 las fundaciones. Para uniformar la vida de estas fundaciones, hijas de Cîteaux, el abad Esteban Harding escribió una especie de Constituciones, llamadas *Carta charitatis* o Carta de la caridad, aprobada por el Papa el año 1119.

En 1135 ya había 65 monasterios fundados por Cîteaux. Parecía que Dios se complacía en estos monasterios en los que brillaba con nueva luz la Regla de san Benito y donde se vivía la vida monacal en toda su plenitud y esplendor. Y todos los años se reunían los abades en la casa madre de Cîteaux para unificar criterios y animarse en el espíritu de la vida benedictina. Entre las cosas que más distinguieron a san Bernardo y a los nuevos cistercienses fue su gran amor a la Virgen María. Por ello introdujeron el rezo diario del Oficio de Nuestra Señora.

La abadía de Claraval, regida por Bernardo, se fue incrementando. Entre 1119 y 1125 se organizaron las primeras granjas y sus tierras fueron creciendo. Los trabajos del campo y de las granjas los llevaban conversos, especie de hermanos legos, como los hay en otras Órdenes, que no eran religiosos de coro, pero sí realmente religiosos para hacer los trabajos más duros y sencillos, ayudados por jornaleros pagados por el monasterio. Los monjes propiamente dichos, que rezaban el Oficio divino, eran más preparados intelectualmente; muchos de ellos eran sacerdotes y se dedicaban al trabajo de copistas u otros trabajos de estudio y de vida más sedentaria y contemplativa.

A la muerte de san Bernardo en 1153 su monasterio de Claraval había fundado 18 nuevos monasterios, sin contar otras afiliaciones de otros monasterios benedictinos preexistentes, que abrazaron la vida estricta de los cistercienses. De

modo que, en total, estarían bajo su guía unas 160 abadías. En tiempos de san Bernardo florecieron muchos monjes en santidad y cultura. Entre ellos Bernardo de Pisa, que llegó a ser Papa con el nombre de Eugenio III; Balduino de Pisa, cardenal; Roberto de Brujas, sucesor de san Bernardo; Enrique Murdach, arzobispo de York en Inglaterra. También fue monje de Claraval, Enrique, hijo del rey de Francia, que llegó a ser arzobispo de Reims...

San Bernardo se hizo tan famoso e importante que tuvo que ponerse al servicio de la Iglesia universal y durante varios años viajó mucho por los caminos de Francia y de otros países.

En 1145 san Bernardo tuvo que predicar contra los herejes cátaros que infestaban el sur de Francia. Predicó también la segunda Cruzada por mandato del Papa.

Su monasterio llegó a tener 200 monjes y 300 conversos. En 1191 la Orden del Císter abarcaba 450 monasterios con más de 15.000 monjes y conversos. En 1200 eran ya 520 abadías. El siglo XII fue el siglo de oro de los cistercienses. Con motivo de las Cruzadas, fundaron también en Tierra santa y Constantinopla.

Los cistercienses (benedictinos blancos) son conocidos en la historia europea por su sofisticación tecnológica. La información se difundía rápidamente a través de la amplia red de comunicación que existía entre los distintos monasterios. Se observan así sistemas hidráulicos muy similares en centros separados en ocasiones por miles de kilómetros. *Estos monasterios fueron las unidades económicas más eficaces que habían existido en Europa y acaso en el mundo hasta la fecha* ³⁸.

El monasterio cisterciense de Claraval nos ha legado una crónica de sus sistemas hidráulicos en el siglo XII, que da cuenta de la asombrosa maquinaria de la Europa de la época. La comunidad cisterciense se asemejaba a una fábrica donde, mediante el uso de la energía hidráulica, se molía el grano, se tamizaba la harina, se elaboraban telas y se curtían pieles ³⁹.

Los monjes cistercienses destacaron también por su destreza metalúrgica. *Desarrollaron una importante labor de difusión de las nuevas técnicas pues su tecnología industrial alcanzó un grado de sofisticación equiparable al de su tecnología agrícola. Cada monasterio contaba con su propia factoría a menudo*

³⁸ Randall Collins, *Weberian sociological Theory*, Cambridge university press, Cambridge, 1986, pp. 53-54.

³⁹ Jean Gimpel, *The medieval machine: the industrial revolution of the middle ages*, Holt, Rinehart and Wilson, Nueva York, 1976, p. 5.

*tan grande como la iglesia y a pocos metros de ésta, en cuya planta desarrollaban diversas industrias accionando su maquinaria mediante la energía hidráulica*⁴⁰.

Lo cierto es que entre mediados del siglo XIII y el siglo XVII los cistercienses fueron los principales productores de hierro de la Campaña francesa. Siempre ávidos de mejorar la eficacia de sus monasterios, empleaban como fertilizante la escoria de sus hornos por su elevada concentración de fosfatos⁴¹.

CONGREGACIONES BENEDICTINAS

La idea de una Congregación o Confederación de monasterios surgió ya el año 817 cuando el rey Ludovico el Piadoso de Francia, por influencia de san Benito de Aniano, reunió a los abades benedictinos de su vasto imperio para uniformarlos. Quería uniformidad en el hábito, en la cantidad de comida y bebida, en la hora de levantarse y acostarse... Estas normas aceptadas por el rey, sólo se aceptaron y cumplieron en parte. Pero el movimiento de unión comenzó a desarrollarse. En el siglo X surgieron otros movimientos parecidos en diferentes puntos de Europa, pero no se pensaba aún en una organización centralizada o en Asambleas generales hasta que se fundó en el año 910 el famoso monasterio de Cluny, un monasterio central con más de 1.000 casas dependientes en diversos países. Los monasterios subordinados eran dependientes, ya que el abad de cada monasterio era nombrado por el abad de Cluny. Las profesiones religiosas se hacían en nombre y con la autorización del abad de Cluny. Esto mismo ocurrió con los benedictinos blancos o cistercienses, que dependían todos de la casa central y del abad del Císter, imponiendo en todo una uniformidad total. Esto quedó determinado por la visita que hacía el abad del Císter a todos los conventos y por la Asamblea anual, que reunía a todos los abades en la casa central del Císter.

La Confederación benedictina mundial actual tiene su origen en las Congregaciones benedictinas de monasterios, que, conservando su autonomía, formaron una federación aprobada por el Papa León XIII y confirmada por el Papa Pío XII. El centro de la Confederación es la abadía primacial de san Anselmo de Roma, donde vive el abad primado y es centro de la universidad anselmiana o Pontificio Ateneo Anselmiano, donde van a estudiar jóvenes benedictinos de todo el mundo. Sus especialidades son filosofía, teología y liturgia.

⁴⁰ Jean Gimpel, o.c., p. 67.

⁴¹ Ib. p. 68.

El Colegio de san Anselmo de Roma fue fundado en 1888. En 1893 se reunieron en Roma los abades del mundo entero y con el Breve *Summum semper* se creó la Confederación de las Congregaciones benedictinas existentes, bajo la autoridad del capítulo general y de un abad primado. El único lazo que los une es el abad primado, que no gobierna con jurisdicción, sino en casos muy especiales.

El Colegio de San Anselmo es sostenido por todos los abades de la Confederación con profesores, alumnos y fondos. Se reúnen cada seis años para tratar cosas en común, sin ser capítulo general. Se reúnen todos los de la familia benedictina, menos los cistercienses, que son totalmente independientes. Actualmente hay 17 Congregaciones benedictinas que forman la gran Confederación.

LA ORDEN EN LA ACTUALIDAD

La Orden de san Benito (Ordo sancti Benedicti: OSB) está en 47 países. Pueden verse datos actualizados en www.osb.org

La Orden había decaído durante los siglos XIII y XIV, pero el monasterio de Cluny no dejó su relativa influencia hasta la Revolución francesa en que fueron suprimidos todos los monasterios de Francia. Algo parecido ocurrió en España, en que fueron suprimidos los monasterios por la ley de desamortización de Mendizábal en 1836. La restauración en Francia comenzó por obra de Don Prosper Guélanger en 1833, en el monasterio de Solesmes, un monasterio que se hizo famoso por fomentar el canto gregoriano. Entonces había en Francia 30 monasterios de los 1.500 que habían existido en el año 1417.

Poco a poco la Orden se fue restaurando. En 1905 había ya 155 conventos con más de 5.900 monjes. En 1935 había 190 con 10.300 monjes. En 1965 había 225 con 12.000 monjes. Las monjas benedictinas, según estadísticas de 1970, tenían 1.075 monasterios con 23.800 monjas. Actualmente en España hay 14 monasterios benedictinos de varones entre ellos el de Monserrat en Cataluña, el del Valle de los Caídos en Madrid y el de Santo Domingo de Silos.

Actualmente los benedictinos no tienen un trabajo específico. Pueden emprender cualquier trabajo que se adapte a su situación particular. Unos enseñan en escuelas para pobres, otros en universidades, otros se ocupan de la agricultura o se dedican al cuidado de las almas en parroquias o diversos apostolados. Otros están dedicados totalmente al estudio; pero para todos obliga la vida en común y la celebración solemne del Oficio divino como oración de la

Iglesia, que ha sido siempre su principal obligación, aunque tengan otras devociones particulares.

En diversos países los benedictinos llevan el apostolado de parroquias. En total atienden así a un millón de almas. En la mayoría de estas parroquias los monjes viven fuera de sus monasterios. Este apostolado nunca se cuestionó desde que el Papa Gregorio Magno envió a evangelizar a Inglaterra a san Agustín y su grupo de monjes.

En la Orden benedictina existen oblatos benedictinos, que son personas seglares, que, según los Estatutos del monasterio de Solesmes de 1910, deben vivir una vida cristiana *fieles a Dios y a la Iglesia, fieles a su parroquia por la que se unen a la diócesis y a la santa Iglesia romana*⁴². Es decir, viven en el mundo de acuerdo al espíritu de san Benito. Es algo parecido a lo que en otras Ordenes se llama Tercera Orden o terciarios.

También hay religiosos anglicanos que viven según el espíritu benedictino en Estados Unidos, Inglaterra, Australia, Canadá y algún país de África.

Según afirma el historiador benedictino Pérez de Urbel en uno de sus libros, desde los tiempos de san Benito, cerca de cinco millones de hombres y mujeres han llevado su estilo de vida, considerándolo como su auténtico padre.

SAN BENITO, PATRONO DE EUROPA

La fiesta de san Benito de Nursia se celebra cada año el 11 de julio.

Pío XII llamó a san Benito, padre de Europa. Otros lo han considerado patriarca y patrón de los monjes de occidente.

Pío XII escribió: *Benito de Nursia, gloria, no sólo de Italia sino también de toda la Iglesia, brilla como lucero refulgente en la oscuridad de la noche*⁴³.

Y continúa: *Innumerables apóstoles, ardiendo en amor de Dios, recorriendo regiones desconocidas y turbulentas de Europa las regaron con su generoso sudor y con su propia sangre, y pacificaron sus pueblos, los atrajeron a la luz de la verdad católica y a la santidad... Porque no solamente los pueblos de Inglaterra, Francia, Holanda, Frisia, Dinamarca, Alemania, Panonia y Escandinavia se glorían de la evangelización de estos monjes y los consideran su*

⁴² Edición Mame, 1947, p. 61.

⁴³ Encíclica *Fulgens radiatur*, del 21 de marzo de 1947 en el XIV centenario de la muerte de san Benito.

mejor timbre de gloria y como preclaros autores de su civilización, sino también otras muchas naciones eslavas ⁴⁴.

El 24 de octubre de 1964 el Papa Pablo VI lo nombró oficialmente padre de Europa y dijo en esa ocasión: *Mensajero de paz, artesano de la unidad, maestro de la civilización y, ante todo, heraldo de la religión de Cristo y fundador de la vida monástica en Occidente; estos son los títulos que justifican la glorificación del abad san Benito. Cuando se derrumbaba el imperio romano ya en sus finales, cuando regiones enteras de Europa se hundían en las tinieblas, y otras aún no conocían los valores espirituales y de la civilización, fue él quien, con su esfuerzo constante y asiduo, hizo que se elevara sobre nuestro continente la aurora de una nueva era.*

También son patronos de Europa: san Cirilo y san Metodio, en unión con las santas: Catalina de Siena, Edith Stein y Brígida de Suecia.

Los restos de san Benito y los de su hermana santa Escolástica descansan en Montecasino, aunque hay una tradición que dice que están en el monasterio francés de Fleury. Sea lo que fuere, sin san Benito la historia de Europa y del mundo hubiera sido diferente. Basta recordar que la Orden benedictina ha sido la más gloriosa de la historia de la Iglesia. En su mayor apogeo en la Edad Media tuvo 37.000 monasterios y ha tenido entre sus filas 24 Papas, 200 cardenales, 7.000 arzobispos, 15.000 obispos y más de 1.500 santos canonizados.

LA CRUZ DE SAN BENITO

Es un sacramental poderoso contra el diablo. Explicación de las iniciales latinas de la medalla:

- C.S.P.B. *Crux Sancti Patris Benedicti* (Cruz del santo Padre Benito).
- C.S.S.M.L. *Crux sacra sit mihi lux* (La cruz sagrada sea luz para mí).
- N.D.S.M.D. *Non draco sit mihi dux* (El demonio no sea mi guía).
- V.R.S. *Vade retro Satana* (Apártate de mí satanás).
- N.S.M.V. *Non suade mihi vana* (No me sugieras cosas vanas).
- S.M.Q.L. *Sunt mala quae libas* (Son malas las cosas que brindas).
- I.V.B. *Ipse venena bibas* (Tú mismo bebe el veneno).

En el reverso se lee: *Ejus in obitu nostro praesentia muniamur* (Por su presencia seamos protegidos en la hora de nuestra muerte).

⁴⁴ *Ibidem.*

Los que lleven esta medalla de san Benito pueden recibir una indulgencia plenaria en la hora de la muerte, confesando o comulgando y rezando un padrenuestro por las intenciones del Papa o, al menos, después de comulgar, invocar con devoción el nombre de Jesús.

San Benito, no lo olvidemos, es también patrono de los exorcistas, que luchan contra el diablo.

BIBLIOGRAFÍA

- Bernardo cistercense*. Atti del XXVI convegno storico internazionale, Todi, 8-11 ottobre 1989, Spoleto, 1990.
- Butler C., *Monacato benedictino*, Ed. Monte Casino, Zamora, 2001.
- Colombás García M., *El monacato primitivo*, 2 vols, Madrid, 1974 y 1975.
- Colombás García M., *La Regla de san Benito*, BAC, Madrid, 1993.
- Colombás García M., *La tradición benedictina*, tomo I: Las raíces, Ed. Monte Casino, Zamora, 1989.
- Colombás García M., *La Tradición benedictina*, tomo II, Los siglos VI y VII, Ed. Monte Casino, Zamora, 1990.
- Colombás García M., *La tradición benedictina*, tomo III, Los siglos VIII-XI, Ed. Monte Casino, Zamora, 1991.
- Colombás García M., *La tradición benedictina*, tomo IV, El siglo XII, Ed. Monte Casino, Zamora, 1993.
- Dawson Christopher, *La religión y el origen de la cultura occidental*, Ed. Encuentro, Madrid, 1995.
- Lekai L., *Los cistercienses. Ideales y realidad*, Barcelona, 1987.
- Leclercq J., *Espiritualidad occidental*. Fuentes, Salamanca, 1967.
- Lojendio Luis María de, *San Benito, ayer y hoy*, Ed. Monte Casino, Zamora, 1985.
- Orlandis J., *Estudios sobre instituciones monásticas medievales*, Pamplona, 1971.
- Pacaut M., *L'Ordre de Cluny (909-1789)*, París, 1986.
- Penco G., *Storia del monachesimo in Italia dalle origini alla fine del Medio Evo*, Roma, 1961.
- Salmon P., *L'abbé dans la tradition monastique*, Paris, 1962.
- Schmitz Ph., *Histoire de l'Ordre de Saint Benoît*, 7 vols., Maredsous, 1942-1956.
- Woods Thomas, *Cómo la Iglesia construyó la civilización occidental*, Ed. Ciudadela libros, Madrid, 2007.